OCASO
DE SIRENAS

MANATIES
EN EL
SIGLO XVI

por

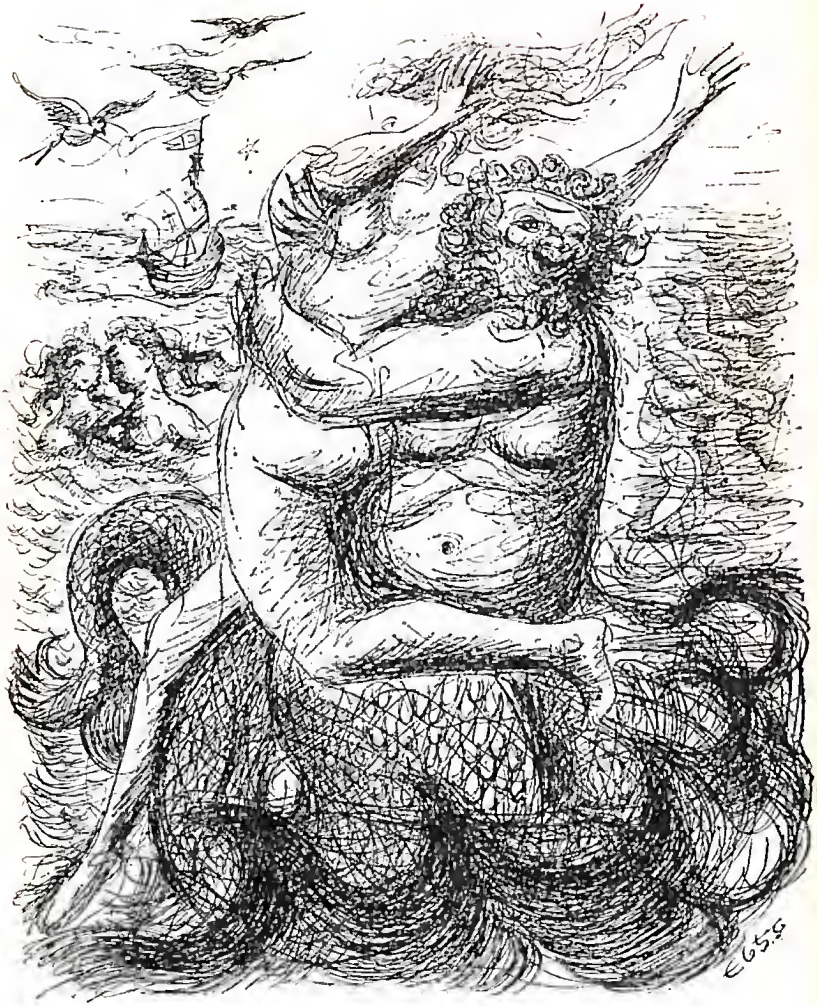
JOSE DURAND

dibujos de

ELVIRA GASCON

BIBLIOTECA
INSTITUTO DE CIENCIAS
DEL MAR Y LIMNOLOGIA

TEZONTLE



Primera edición, 1950

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
CENTRO DE CIENCIAS DEL MAR Y LIMNOLOGIA

Copyright by José Durand
Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

A

RAIMUNDO LIDA

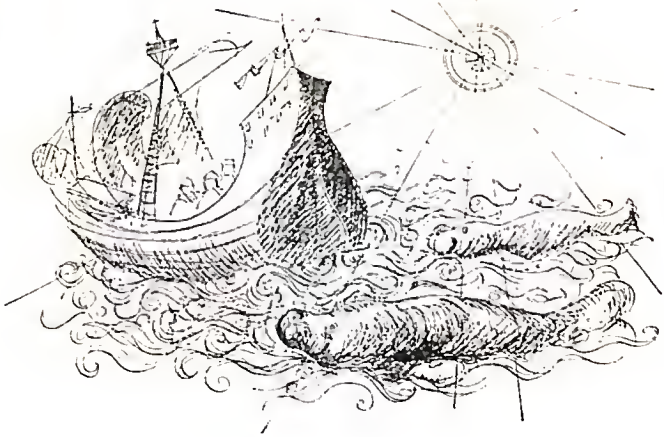
MAR- 916

The manati is said to be the origin of many legend of mermaids, while the Amazonian species is the object of superstitious reverence by the Indians.

Enciclopaedia Britannica.

De manera que todas las cosas de las Indias son de milagro, así por su grandeza como en haber aparecido en el Occidente.

BALTASAR DORANTES DE CARRANZA.



PREÁMBULO

IMPOSIBLE *avistar el pasado como si fuese un objeto habitual y próximo. Nuestros ojos no llegan hasta allí, o cuando menos no hay rayo de luz capaz de hacerles compañía en tan vertiginosa mirada. Los hechos de antaño sólo se pueden ver por mediación del espejo combado de la sabiduría, y aparecen desfigurados de manera a veces poética, a veces burlona. Pero cuando nos ocupamos de creencias que hoy resultan caducas como décimos fallidos en viejas loterías, todo se*

nos presenta locamente trastrocado. Por haber sido el más ilustre representante de la ciencia natural de su tiempo, Plinio continúa en desprestigio; la culpa no es suya, es de la historia. Lo que era saber se convierte en disonante capricho y el póstumo espejismo adquiere extraña ironía.

Así ocurre por momentos en este libro. Cuatro siglos de distancia hacen las cuatro caras de un prisma; sólo a su través percibimos la imagen tornasolada, graciosamente disforme, de la ciencia natural que embebía a los cronistas indianos. Los soldados españoles iban recorriendo América mudos de sorpresa; para ellos, los prodigios se multiplicaban en una conejera de desvaríos. De estas jubilosas versiones de un mundo alucinante se tenían que valer los cronistas para componer su obra. Por mucho que quisieran atemperarlas, la fuerza irreprimible de esas imaginaciones entusiastas ha saltado por encima de todos los diques literarios, llegando hasta nosotros hecha mosaico de falsas y verdaderas maravillas.

Entre ellas se cuentan algunas acerca del manatí, bastantes como para hacer el libro que ofrecemos. Este libro podría subtitularse, excediendo su ambición, América en la fantasía europea. *Los pasajes que, espigados en forma de antología, sirven de referencia documental a nuestros propios comentarios, son casi siempre de excelente lectura, a la cual exhortamos. Esos deliciosos capítulos de Anglería y Gómara sobre el manatí domesticado, esas páginas de Oviedo y del mismo Anglería sobre el pez-rémora, no podrán ser omitidas por el lector.*

La mayor parte de los autores que citamos pertenece al siglo xvi: Pedro Mártir, Oviedo, Las Casas, Gómara, Acosta, etc. También incluímos textos de época más reciente, que amplían los anteriores y en ocasiones les sirven de comento. Por lo demás, queda fuera de nuestra intención agotar el tema. Sea nuestro libro, más bien, cordial antesala al mundo de los manatíes. En ella oiremos afirmar al doctor Huerta que se estima este pescado "por el mejor del mundo"; al

cronista Oviedo, llamándolo "singular y precioso si los hay en el mundo"; y, en fin, sabremos que el conquistador Salinas Loyola, seducido por la magnificencia del animal, equivoca el nombre y escribe magnatí.

Advertencia a los puristas: aunque la Academia no registra femenino de manatí, *e identifica* manatí *y* manato, *nosotros, un tanto arbitrariamente, llamaremos* manatinas *a las hembras* y manato *se reservará para los manatíes jóvenes. A semejanza, pues, de* jabalí, jabato, jabalina.

Gracias, en fin, a todos los que han contribuído a este maniatizar *—por decirlo con palabra especialmente inventada por el sabio profesor Agustín Millares Carlo.*

MANATÍES Y SIRENAS

9 DE ENERO de 1493, miércoles, cerca de la Española, al caer de la tarde. Ocaso de hervor de luz se asocia a los desatinados hervores del verano tropical. De vuelta —vuelta gloriosa— a Europa, el Almirante ve deslizarse por las aguas, no muy cerca de la carabela, a tres animales pardos cuyas cabezas ciertamente no recuerdan las de pez alguno. Son manatíes, pomposos anfibios que, por la misma dignidad de su corpulencia, han acabado por llamarse *vacas marinas*.

El Almirante reflexiona y piensa: sirenas. ¡Buen disfraz que tuvieron para colarse de rondón en el mundo occidental! Clava el Almirante sus ojos expertos en las tres sirenas farsantes. Como ya está hecho a descubrimientos, no se asombra: otras vió tiempo atrás en las costas de Guinea. Y, desde luego, la inspección comprueba que se ha exagerado mucho sobre su cautivadora belleza. Antes bien —piensa—, para ser más correctos, son *sirenos* machos, porque esas caras resultan nada femeninas.

Peinando ante un espejo sus cabelleras verdes, las gentilísimas sirenas vivían en tiempos de Colón sus últimas horas cerca de los humanos. Los mudables humanos prefirieron el saber a la grata fantasía, y los monstruos marinos con certificado zoológico no tardaron en incautarse del reino que ellas compartían con los tritones. Esplendor de manatíes, ocaso de sirenas. Pero hasta los jóvenes manatos, más graciosos y desenvueltos que los manatíes adultos, ¿pueden insi-

nuarse comparables a las sirenas? Las sirenas habían revelado la oculta armonía entre la frágil mujer y el pez escurridizo: unidad sin junturas, no eclecticismo de bruscos injertos. Y en ellas todo era prodigio. Gloria suya fué el haber convertido la muerte en goce absoluto. Tanto amaban a los hermosos griegos que los hacían morir de muerte alucinada, envidiable muerte entre cantos enloquecedores. ¡Escuchar sirenas y luego morir!

Medio siglo después del descubrimiento de América, habla Pero Mexía de una sirena cogida en una red junto con otros pescados. La pobrecilla se mostró tan acongojada, y eran tantas las lágrimas que recorrían su carita pálida, que los rústicos pescadores se compadecieron de ella. Afanados, hicieron cuanto les cupo en mente para reanimarla, hasta que al fin pudieron devolverla al seno vivificante de los mares; allí se perdió para siempre jamás. Ya por entonces las sirenas regateaban sus encuentros con los hombres; ahora no nos queda de ellas sino el recuerdo

roto de unos datos ineficaces; pétalos dormidos, tristemente deshojados, que no pueden hacer ya otra nueva rosa. Porque a la verdad, ¿cuál es la arquitectura de la rosa? De la sirena viva, hecha por su propia hermosura y también por los ojos de los hombres inmaculadamente sensibles, de las sirenas confiadas hasta la audacia de trepar por las naos, nada sabemos ya.

Aunque si nos atenemos a la historia, seremos equitativos. Justo es dolerse del infortunio de los bellos seres mitológicos, paganos dioses en el destierro, pero no el aborrecer por ello a los inofensivos manatíes. El distinguido naturalista Enrique de Rioja me comunica que, lejos de ser usurpadores de sirenas, los manatíes y dugongos sirvieron de levadura a la imaginación antigua para inventar el bellísimo mito. En efecto, es lo más probable que los dugongos del mar Rojo y el océano Índico —consanguíneos inmediatos de los manatíes—, las focas que había en el Mediterráneo y los manatíes de Gui-

nea, hicieran pensar en seres prodigiosos, mescolanza de hombres y pescados. Por lo pronto —continúa informándonos el profesor Rioja—, parece cierto que los rebaños de Proteo fuesen las focas del mar del Norte. Todas las viejas leyendas del pez-mujer, que amanece varado en desierta playa y que no tarda en desaparecer irrevocablemente, debieron tener origen en estos mamíferos acuáticos, cuyas cabezas resultaban antropomórficas por el simple hecho de no ser de pez. Tales consejas se repiten con pequeñísimas variantes desde los tiempos de Plinio, cuando un lánguido monstruo amanece varado en las arenas de Cádiz, hasta el pez-hombre de Liérganes, pasmo de los contemporáneos de Feijóo. Un siglo antes, en 1672, Alonso de Sandoval habla del *pexe-muller*, afirmando que, "desde el vientre hasta el cuello", tiene un notable parecido con el cuerpo femenino.

Ya en pleno XIX, los diarios de Batavia anuncian la pesca de una sirena cada vez que se captura un dugongo, y Monsieur Du-

maillet fantasea complacido sobre los peces-mujeres. Esto provoca la ira de Monsieur Lesson, del Instituto de Francia, el cual, en sus adiciones a Buffon, profiere dolidas quejas: "¡Cuán amigo es menester ser de lo maravilloso —escribe—, para tratar de establecer semejanzas tan desatinadas, y hallar en la fisonomía de un cetáceo, y en las eminencias groseras que tiene en su seno dedicadas a la lactancia, los encantos que hacen el más bello adorno del más bello objeto de la creación!"

Por aquellos mismos años se resuelve separar de los cetáceos el orden compuesto por manatíes y dugongos, y bautizar la nueva grey con el nombre de *sirenios*. Innegable acierto, pues al subrayar el parecido quedan nítidamente diferenciados de los cetáceos, indignos de él. Así pasaron los manatíes del triste rango de ballenas fracasadas a la envidiable condición de presuntas sirenas.

Como sirenas, los manatíes saciaron anhelos de divinidad: no de griegos, sino de indios americanos. Las gentes del Amazonas

les dedican la mayor veneración, al igual que las tribus peruanas del Ucayali —campas, cashibos, panatahuas—. Indios hay que ante los manatíes se sobrecogen despavoridos de religioso terror. En Nicaragua, en el río San Juan, las manatinas que llevan a sus pechos dos tiernos manatos, oprimiéndolos con el más grande amor de sus torpes aletas, son justo símbolo de la maternidad. Imposible olvidar la probada dulzura de los manatíes: sus mismos nombres la expresan con ingenua elocuencia: *vaca-marina*, *pez-buey*, y también *pez-mujer*, al menos en la cuenca amazónica. Pez-mujer: nueva coincidencia con los mitos. El manatí, siempre orientado hacia las sirenas, prosigue su incesante acopio de calidades femeninas.

Nunca perderá este rumbo. Recuérdese que, en pleno siglo xx, ciertos audaces japoneses enviaron a un congreso de paleontología falsas momias de sirenas. Eran, claro está, manatíes disecados.

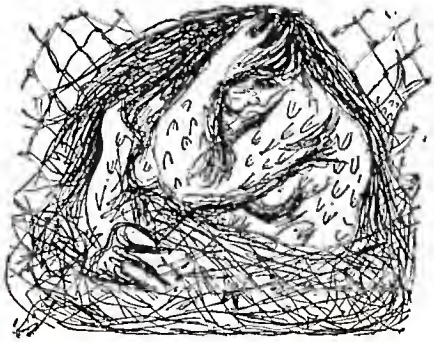
Una y otra vez los manatíes reinciden convirtiéndose en sirenas. Podrá extrañar tan

bello destino en un monstruo feísimo; pero, lejos de sorprendente, es habitual que este y otros gigantes del océano vivan de prodigio en prodigio. Si gnomos, elfos y geniecillos son los fabulosos personajes del bosque, manatíes, delfines y hasta lobos marinos son asombro y misterio de las aguas. Enormes todos ellos y maravillosos. Ignorados en sus portentos como hasta hoy los manatíes, también los lobos de mar sirven de conjuro a mundos alucinantes.

Noche sin luna, noche cálida, agobiadora y negra de la isla de Santo Domingo. Cierto conquistador español da un paseo por las playas cuando extraño ruido lo sorprende. Era como si las tinieblas mismas gruñesen desesperadas por el impasible, empantanado calor tropical. El soldado, a duras penas, ve pasar unos indios que, armados de garrotes, corren hacia la ribera. Se arrojan al mar, nadan y alcanzan unas islas cercanas a la orilla. A poco vuelven cargados de lobos marinos, muertos a palos. El ruido sordo y enervante había cesado ya.

(Escribe el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo: "Salen los lobos a dormir en tierra, en muchas isletas o partes de las costas, e tienen tan profundo e pesado sueño, e roncan tan recio, que desde lejos se oye. E así, muchas veces, durmiendo los matan de noche".)

La encantada isleta de los lóbregos resoplidos nocturnos es milagro de lobos de mar, miembros distinguidos de esta hermandad marina de animales prodigiosos. A ella pertenece también el manatí. Nada de extraño tiene, pues, que hubiera llegado a ser el nuncio mágico del advenimiento de las sirenas.



El pasaje que reproducimos pertenece al diario del primer viaje. Martín Fernández de Navarrete, en su edición publicada en 1825, piensa que las sirenas que creyó ver Colón acaso eran vacas marinas. Por reminiscencias de sus lecturas —escribe Henríquez Ureña—, especialmente de Plinio y Marco Polo, Colón "toma a los manatíes, en el mar, por sirenas". Igual piensa Antonio Ballesteros Beretta. El naturalista Enrique de Rioja estima que "Colón es un observador preciso y perspicaz" y que esta fábula de las sirenas es error nada frecuente en él. El 9 de enero, miércoles según el calendario anterior a la reforma gregoriana, navegaba la Niña *entre los 72 y 73 grados longitud oeste. Como Colón da cuenta de esas sirenas al anochecer, presumimos que las viese al declinar la tarde.*

El día pasado, cuando el Almirante iba al río del Oro, dijo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar,[1] pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara. Dijo también que otras veces vido algunas en Guinea, en la costa de Manegueta.

[1] *Salieron bien alto de la mar* 'Sobresalieron claramente encima del mar'.

J O S É G U M I L L A

Nació en Cárcer, Alicante, hacia 1687. A los dieciocho años pasó a América, donde acabó sus estudios de jesuíta y se ordenó sacerdote. Por mucho tiempo fué misionero en la región del Orinoco; en ella murió, en 1750. Poco antes había aparecido su libro El Orinoco ilustrado, *Madrid, 1741. Obra de considerable importancia histórica, es de amenísima lectura. De ella incluímos una cuidadosa descripción del manatí del Orinoco.*

Es la figura del manatí o vaca marina muy irregular y diversa de otro pescado. Ya dije que se mantiene de la yerba y ramas que se crían a las márgenes del río. La dentadura toda y modo de rumiar es propia de buey. También son semejantes a los del buey su boca y labios, con semejantes pelos a los que tiene también el buey junto a la boca. En lo restante de la cabeza no se le parece, porque los ojos son muy pequeños y desproporcionados a su grande mole. Sus oídos apenas se pueden distinguir con la vista, pero oye de muy lejos el golpe del remo, por lo cual los pescadores bogan sin sacar el remo del agua, por no hacer ruido. No tiene el manatí agallas, y así necesita sacar cada rato la cabeza para resollar. A distancia pro-

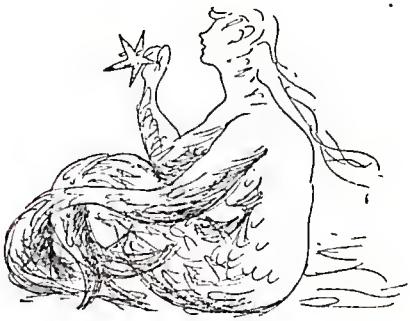
porcionada de la cabeza tiene dos brazuelos anchos, a modos de penca de tuna; éstos no le sirven para nadar, sino para salir a comer fuera del agua. Cuando está el río bajo, va y vuelve muy despacio, y los indios, y también los tigres, suelen caerles encima. Bajo de dichos brazuelos tiene dos ubres con abundante leche y muy espesa. Luego que pare la hembra —pare siempre dos, macho y hembra— se los aplica a las ubres —el *cómo* sólo Dios lo sabe—, y, cogido el pezón, aprieta a sus dos hijos con ambos brazuelos contra su cuerpo, tan fuertemente que, aunque nada, brinca y salta fuera del agua con todo el cuerpo, jamás se desprenden las dos crías de los pechos de su madre, hasta que tienen dientes y muelas; entonces los arroja de sí y van junto a ella aprendiendo a comer, lo mismo que come su madre. Al nacer las crías, ya cada una pesa a lo menos treinta libras. Digo esto con toda certidumbre, porque, habiendo pagado, como se acostumbra, a dos pescadores para que me trajesen un manatí, acertaron a traer una hembra preñada, que es cuando están más gordas. Su tamaño era tal, que entre veinte y siete hombres, con sogas y palos, no la pudieron sacar de la lengua del agua, donde habían volcado la canoa los pes-

cadores, que es el modo de descargar. Viendo que las sogas se quebraban y que trabajaban en vano, la mandé abrir, para que, sacadas las entrañas, más fácilmente la trajesen a tierra. Con el resto de las entrañas sacaron las dos crías, que pesadas por romana cada una pesó arriba de veinte y cinco libras. Y así a todo seguro dije que cuando nacen ya pasan de treinta libras cada una.

La piel, o el cuero, ya dije que es más recio y grueso que el de un toro, y tiene en tal cual parte algunos pelos algo más largos que los del toro. Su cola es de hechura contraria a la de todos los peces, porque éstos la tienen de alto abajo en forma de timón, y realmente les sirve de timón. Pero la cola anchurosa del manatí es a modo de un grande círculo, que da vuelta de la extremidad derecha del cuerpo a la izquierda, y de ordinario tiene una vara de travesía, y a veces más, por cualquiera parte que se mida. El grueso es correspondiente, y todo cuanto contiene, fuera de las ternillas en que remata el espinazo, todo lo demás del interior es grasa o pura manteca. Después del cuero, tiene cuatro telas, dos de grasa y dos de carne muy tierna y sabrosa. El olor, cuando la están asando, es de lechón, y el sabor de ternera. Las

costillas son más dobles y recias que las de un buey, y entre la última juntura del pescuezo y el casco de la cabeza tiene una chocozuela redonda, del tamaño de la bola de truco. Este hueso es remedio experimentado contra flujos de sangre, y para este efecto se busca y encarga con ansia. Del cuero forman rodelas los indios, para reparar ['detener'] las flechas en sus guerras. Un día antes que llueva, dan grandes saltos fuera del agua.

El Orinoco ilustrado, parte I, cap. XXXI.



UN MANATÍ RENACENTISTA

DESTINO providencial el de este manatí, al menos para su dueño, el cacique Caramatex de la isla de Santo Domingo. Gracias a este corpulento animal sabemos que Caramatex existió, allá en los primeros años del siglo XVI. El cacique, al parecer, fué quien lo bautizó llamándolo *Mato,* que en lengua de la región quería decir 'magnífico'. Jamás podría figurarse hasta qué punto el manatí haría honor a tal apellido, pues en retribución de veras espléndida, Mato

salvó del olvido el nombre de su padrino, bautizándolo así, a su vez, para la posteridad.

Los indios lo habían domesticado a placer y aun se habla de que lo vieron los conquistadores. Por insólito que parezca, se trata de sucesos que, documentados por ilustres cronistas indianos, van a parar a la pluma de otros escritores de la época, como Antonio de Torquemada. Escribiendo sobre éste, Alfonso Reyes se ha referido no hace mucho, con viva complacencia, a la graciosa conseja del manatí dominicano; de allí provino nuestro interés por averiguar las fuentes que tuvo Torquemada en este pasaje. Por lo cual, aunque hay cronistas tardíos que transcriben el relato, detendremos el nuestro al llegar a Torquemada.

Agrupados en torno al manatí se hallan varios escritores renacentistas: Pedro Mártir de Anglería, el italiano que anunció a Europa la existencia de un mundo nuevo; el inteligente y cazurro capellán de Cortés, Francisco López de Gómara; Antonio de Torquemada, apasionado amante de lo inverosímil,

el único de los tres que no es historiador. De este divertido concilio se nos ha escapado el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, el cual, teniendo por Anglería noticias de Mato, prefirió en sus escritos ocuparse tan sólo de los manatíes en general.

Quien primero refiere el suceso es Pedro Mártir. No era hombre de excesiva credulidad, pero tampoco de un escepticismo tan ejercitado como el que Erasmo difundía en sus escritos por aquellos años. Nunca llegó a pisar tierra americana, siempre tuvo que valerse de relaciones donde a menudo se tergiversaban los hechos, cuando no se inventaban. Eran los informantes, las más de las veces, soldados que habían cruzado el océano ansiosos de ver prodigios, y que volvían más ansiosos aún de contarlos. Pero en su condición de heraldo de lo que ocurría en Indias, Pedro Mártir no podía dejar de mencionar muchas cosas extrañas, que, proviniendo de reinos ignorados, bien pudieran ser verdad. El anciano escritor no sabía de qué cabo agarrarse: dudará de la grandeza

del Plata, pero creerá en cuentos de viejas. Además, como humanista que era, le halagaba la esperanza de que apareciesen en el Nuevo Mundo algunos de los perdidos monstruos mitológicos. Así, válganos un ejemplo, no vacila en suponer que el animal visto por unos marinos cerca de Chiribichí era nada menos que un clásico tritón. Alguien ha observado ya que la severidad crítica de Pedro Mártir se ablandaba cuando en estos absurdos portentos hallaba semejanza con los mitos de la Antigüedad. Y, en efecto, al hablarnos del ilustre manatí domesticado, recuerda al delfín que transportó al griego Arión por medio de los mares. Y el bueno de Mato, en cuyo espíritu pacífico creían ver los indios el refinado cumplimiento de las mejores reglas de urbanidad, será presentado por Anglería a los cultos lectores del Renacimiento como un pez digno de figurar en las fábulas helénicas.

Por lo demás, Pedro Mártir se recrea contándonos deliciosamente las gracias del manatí, no por gigantesco mal amigo de los

hombres. En ello es como el elefante, advierte. Como el elefante, "encadenado a su brutal delicadeza" —que dirá el genial César Vallejo—. Tierno aún, Mato fué atrapado en unas redes por los indios y lo llevaron a un lago, posesión del cacique Caramatex. Allí lo criaron mimosamente y creció hasta alcanzar solemnes dimensiones. Conocía su nombre, comía de la mano de sus dueños y viajaba por el lago llevando a cuestas cuantos indios pudieran caber sobre su lomo. Años después, llegados a la tierra los españoles, pronto les tuvo recelo por haberlo agredido uno de ellos con una lanza. Rebalsó el lago una vez, la corriente lo llevó consigo al mar, y el majestuoso personaje se desvaneció en la lejanía.

¿Tuvo la fábula de Mato algún pie de verdad? Existen ciertos testimonios, si bien en materia muy distinta de la que aquí tratamos, acerca de la sociabilidad de estos mamíferos con seres humanos. Es cosa probada que los indios del Orinoco y de los ríos

amazónicos incurren con las manatinas en diabólico pecado. Así y todo, lo más verosímil es que los informantes de Anglería urdiesen el conjunto del relato, pues Fernández de Oviedo, que estuvo en Santo Domingo y leyó a Pedro Mártir, nada habla de la cuestión. Era Oviedo hombre de mediana cultura, bien intencionado en cuanto a no admitir supercherías en su historia, aunque poco sagaz para descubrirlas. Andaba demasiado imbuído en la ciencia fantástica de Plinio y se dejaba engañar por sus propios ojos cuando se le nublaban alborozados ante el espejismo de un portento. Y desde que su mujer, a quien mucho quería, tuvo la desgracia de que en una sola noche se le tornase cana su rubia cabellera —según cuenta el mismo Oviedo—, de allí en adelante no acertaba bien a discernir lo cierto de lo dudoso: dará por cosa segura la existencia de un animal, mitad gato y mitad pájaro, que cantaba a maravilla como calandria o ruiseñor. Pero el buen Oviedo no perdía su norte de veracidad, y al tratar de

los manatíes describe cuidadosamente la especie, discrepa de Pedro Mártir en cuanto al origen de la palabra *manatí*, y no quiere empañar su buen nombre de historiador honrado, recogiendo sucesos de los que nada supo en la misma isla de Santo Domingo. Así que su mejor decisión será la de ignorar a nuestro héroe marino.

Tras ellos viene Gómara. Espíritu burlón, fina inteligencia, es capaz al mismo tiempo de ligereza y hondura. Esto se refleja en su obra: escribe su historia con estilo bien cuidado, pero aparecen a cada instante descuidos de otro género. Anuncia en un lugar que volverá a tratar cierto tema más por extenso, y cuando lo haga le dedicará menos espacio que la vez anterior. O bien califica de falsa la leyenda de que las cruces halladas en santuarios de Yucatán las habían llevado allí unos españoles que llegaron a América antes de Colón, y luego, al ocuparse nuevamente del asunto, sólo se referirá a esa leyenda, sin desmentirla esta vez. Muchos cabos quedan por atar en la obra

de Gómara, y esa misma despreocupación se advertirá en sus páginas sobre el manatí.

Cuando escribe su crónica promedia ya el siglo XVI. Ha cundido por España la influencia del erasmismo, y aun para quienes no son inmediatos seguidores de Erasmo, pero sí lectores cultos, es cosa natural el repudio de fábulas y supersticiones. A esta actitud de época se unen en Gómara sus dotes de hombre perspicaz, su buen sentido innato, su fuerte sentimiento de la bajeza humana, su ánimo zumbón, que tantas veces asoma las orejas por sus escritos. Que Gómara no aceptaba maravillas con facilidad es cosa que Ramón Iglesia ha advertido y probado. Pero de otro lado Gómara no quería evitar a sus lectores el deleite de las "muchas extrañezas" de las Indias, antes bien ofrece incluirlas en su crónica. Es que en las nuevas tierras había portentos dignos de crédito; otros que podían referirse a manera de curiosidades, aunque dándose por falsos; y otros más, como la leyenda del manatí, que Gómara gustará de emplear como tema estético, sin decir-

nos si aprueba o no la verosimilitud de la cuestión. También los sucesos de Mato quedarán dichos al desgaire, y con ello resultará gananciosa la misma conseja, cuyo encanto disminuiría si el autor se preocupase en discutir su autenticidad.

Gómara combina la descripción de los manatíes hecha por Oviedo con la superchería que trae Pedro Mártir, y todo lo dirá con su peculiar estilo, que armoniza una sugerente brevedad de exposición con la vertiginosa elegancia del donaire. Fruto alegre y zumbón, pero de almendra lírica. Un estilo cortado, abundante en oraciones nominales como la plática diaria. Fechada a mediados del XVI, esta página magistral, fascinante por su sabia sencillez, podría haberse firmado en tiempos de Gracián y hasta en nuestros días.

Las variantes entre la versión de Pedro Mártir y la de Gómara son mínimas. Por ejemplo, Anglería escribe *Matum* y *Caramatex*, con sufijos latinos; Gómara los castellaniza, o quizás los devuelve a una supuesta

forma originaria: *Mato, Caramatexi.* Nosotros preferimos usar para el cacique la forma *Caramatex,* a semejanza de *Guarionex,* nombre de otro reyezuelo de la Española que así ha pasado a la posteridad, inclusive en Gómara. Sería mejor haber castellanizado *Matumo,* pero nos contentaremos con *Mato.* Luego, al referir la historia del manatí, Pedro Mártir se limita a consignar la lanzada del español; Gómara explica los motivos del conquistador, perfeccionando el relato. Diferencias insignificantes, que, como huellas digitales, son más bien signos de que el objeto ha pasado de las manos del uno a las del otro, que no aliciente para presumir que Gómara tuviera otro informante además de Anglería.

La intervención de un europeo en la fábula es de suma importancia, pues siendo en ella testigo, le presta color de verdad. Gómara, deseoso de que su animado relato tenga el mayor relieve, no quiere que el soldado aparezca con la poca significación que Pedro Mártir le concede, y nos lo presenta como

un espíritu escéptico a la vez que curioso, fiel practicante del "ver para creer". El soldado ha oído hablar de los extraños y gigantescos peces que llaman manatíes. Llega al lago, ve a Mato y lo alancea para tentar la verdadera dureza de su cuero. A esto daba pie la afirmación de Anglería de que el arma se embotó en el rudo pellejo del sirenio, y asimismo otra de Oviedo, que estima que el cuero de estos animales es de un dedo de gordo. Fino detalle la incredulidad del español, eficaz garantía de la patraña.

Algo que añade por su libre decisión es un detalle que sirve de copete al retrato cuasi humano del manatí: sus aptitudes filarmónicas. Gustaba, según Gómara, de las canciones de los indios, aun cuando éstas hoy nos parecieran, como seguramente a los españoles de entonces, bastante destempladas. Así se confirma lo dicho de que el interés principal de Gómara es transformar la narración en puro motivo estético, dotándola de esa lírica ironía que en ningún matiz vemos tan

claramente expresada como en el don *dilettante* del manatí.

Coquetería de Gómara: si Pedro Mártir dice que Mato estuvo veinticinco años en poder de los indios, él no querrá coincidir y afirmará que veintiséis.

Esta alucinante leyenda no podía quedar confinada a las crónicas indianas. Un viejo escritor, cuya novela de caballerías *Olivante de Laura* fué una de las que enloqueció a don Quijote, andaba recogiendo sucesos extraños con espíritu de herbolario. Se llamaba Antonio de Torquemada, y su fantasioso libro *Jardín de flores curiosas*. Para escenario de prodigios gustaba de Groenlandia, del Oriente, y también de América. Revolvía libros y anotaba minuciosamente los más preciosos disparates; con todo, hacía eso sin ánimo de mentir, pues por lo que toca a sus temas americanos, éstos aparecen también en Pedro Mártir, en Oviedo o en Gómara. Difícil decir a cuál de ellos leyó, y más difícil quizá a cuál no había leído. Lo cierto es que

la famosa historia del manatí domesticado irá a parar a su *Jardín*.

Sólo que su fantasía desorbitada tenía también sus intereses. Torquemada, veterano perito en asuntos inexplicables, presenta las cosas de modo que sean más absurdas aún. Toda rendija de verosimilitud queda resanada con presteza, y ese manatí de ningún modo será un animal gigantesco como todos los de su especie. El monstruo, para que cumplidamente aparezca como tal, habrá de ser un pez cualquiera, un pez anónimo, y si con el tiempo alcanza colosal tamaño, ello se deberá a un capricho de la naturaleza que Torquemada aplaude entusiasta. Crecimiento tan extraño en ese pez como su afabilidad y buenas maneras.

Si en Pedro Mártir vemos el gozo por las curiosidades propio del Renacimiento, unido a una atemperada credulidad, en Torquemada ese amor a lo fantástico más bien se nos aparece como crudo rezago de la ciencia natural de la Edad Media, al menos la de los escritos apócrifos de Alberto Magno

y otros semejantes. A pesar de que Torquemada escribe medio siglo después que Pedro Mártir u Oviedo, es mucho más arbitrario que ambos. Si, en la historia de Mato, Anglería representa el entusiasmo renacentista, Oviedo —dentro de su mediana formación humanística— es ejemplo del mismo fervor por lo nuevo, aunque las circunstancias hacen que el uno crea en Mato y el otro dude de él. Gómara, contemporáneo de Torquemada, sí vivirá su época y hasta se adelantará a ella, en su estilo, mucho más moderno que el de Torquemada, en su pertinaz y burlón escepticismo. De todos los autores que aquí hemos saludado, Gómara es quien mejor advierte la sugestión poética del tema, quizás precisamente porque sea el que menos cree en la fábula. Al parecer, tampoco Oviedo se fiaba de ella, pero éste, sobre no poseer las dotes literarias de Gómara, carecía también de su sentido del humor.

A diferencia de Gómara y Anglería, Torquemada ni siquiera consigna los nom-

bres de Mato y Caramatex. Poco le importa librarlos del olvido en las páginas de su libro. Tampoco tendrán para él el mágico encanto de los nombres de los personajes de leyenda, palabras a cuyo conjuro la irrealidad de la fábula empieza a existir. Igualmente, nada querrá saber de la naturaleza y costumbres de esos raros animales acuáticos. Su único afán, febril afán, será el de que un prodigio nuevo quede atrapado en su hucha de curiosidades. Quizá por ese espíritu codicioso, el *Jardín de flores*, como tesoro de avaro, sólo saldrá a relucir después de la muerte de su autor y dueño, gracias al celo editorial de los herederos del empecinado visionario. Y entre tantas riquezas, el pobre Mato queda oscurecido. Apenas será uno de tantos. Pero ese manatí que se perdió en los mares será para nosotros el más calificado testigo que, en nombre de la fauna marina, vió y convivió aquellos sucesos decisivos para la humanidad: el hallazgo y la conquista de América.

PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA

"Hombre genial, a su manera —escribe Pedro Henríquez Ureña—, humanista con vocación de periodista." Nació en Arona, Italia, hacia 1447. Pasó a España, donde fué capellán de Isabel la Católica. A pedido de sus amigos italianos, va escribiendo y publicando las primeras noticias sobre el descubrimiento y conquista de América, desde 1504 hasta 1530. El pasaje que aquí reproducimos apareció por primera vez en Alcalá, 1516, en la imprenta de Antonio de Nebrija. Murió Pedro Mártir en Granada, en 1526.

Ya que hemos mencionado esta parte del valle que se llama Atiey, tenemos que desviarnos de nuestro asunto para hablar del inaudito prodigio de cierto pez marino.

Caramatex, que así se llamaba el cacique de esta región, era hombre muy aficionado a la pesca. Un día cayó en sus redes un pececillo del género de esos enormes peces que los indígenas llaman *manatíes*. Creo que este monstruo es perfectamente desconocido en nuestros mares. Es animal cuadrúpedo, de forma como de tortuga, pero protegido de escamas, no de carapacho; es de cuero durísimo, de modo que ni las flechas le pueden hacer daño; está dotado

de innumerables verrugas, pero el lomo lo tiene liso; su cabeza la tiene como de buey. Este pez vive en el agua lo mismo que en la tierra; es dócil y tranquilo, y se familiariza con el hombre igual que el elefante o el delfín; su inteligencia es asombrosa.

Durante varios días, el cacique mantuvo en su casa al cachorro de pez dándole el pan de la tierra, hecho de yuca, mijo y otras raíces de que se alimenta la gente. Todavía estaba muy chico cuando lo echó a un lago cercano a su casa, como quien echa un ciervo al sotillo. El lago ése recibe su caudal de varias fuentes, pero por ningún lado desagua; su nombre era Guainabo, pero desde ese día se llamó *Lago del Manatí.* Nuestro pez vagó libremente por las aguas durante veinticinco años, y creció hasta llegar a un tamaño enorme.

Las hazañas que se cuentan del delfín de Bayas o del de Arión quedan muy por debajo de las de éste. El nombre que se le puso al pez fué *Matum,* palabra que significa 'generoso' o 'noble'. Pues bien: cada vez que alguno de los parientes del cacique, que era la gente que él conocía mejor, gritaba desde la orilla de la laguna: "¡Matum, Matum!" —esto es, "¡generoso, generoso!"—, el pez, recordando los favo-

res de los humanos, levantaba la cabeza y corría hasta quien así lo llamaba. Comía en la mano de la gente. Y si alguien le hacía señas de querer pasar al otro lado, Matum se agachaba, invitando con este gesto a que montasen sobre él. Está bien averiguado que el monstruo llegó a cargar de una sola vez a diez personas, y que todas llegaron sanas y salvas a la otra orilla, cantando y tocando sus instrumentos.

Pero si cuando alzaba la cabeza veía algún cristiano, se zambullía y se negaba a obedecer: y es que en cierta ocasión había sufrido daño de un mancebo cristiano, que era muy insolente. Éste, en efecto, había lanzado contra el inofensivo y doméstico pez un agudo venablo, y si bien no sufrió ningún daño a causa de la dureza del pellejo, no dejó con todo de sentirse de la ofensa. A partir de ese día, cuando lo llamaba la gente, observaba antes en torno suyo con el mayor cuidado, para estar seguro de que no andaba por allí nadie vestido a la usanza cristiana.

Luchaba en la orilla con los criados del cacique, pero sobre todo con un jovenzuelo a quien era aficionado el dicho cacique, y con el cual llegó a comer el pez varias veces en casa. Era más vivaracho que un mono. Fué durante lar-

gos años singular pasatiempo de toda la isla, pues una enorme multitud de indígenas y cristianos acudía diariamente a contemplar el portento de aquel monstruo.

Dicen que la carne de esta clase de peces es muy sabrosa,[1] y que se crían en aquellos mares en grandes cantidades.

Pero llegó un día en que la gente perdió al gracioso Matum, que fué arrastrado hasta el mar por el Atibúnico, uno de los ríos que dividen en partes iguales la isla, en una inundación inaudita, acompañada de tormentas horribles, cosa que ellos llamaban *huracán*. El Atibúnico se salió de su cauce de tal modo, que arrasó todo el valle y se confundió con todos los lagos. Así que el bueno, el gracioso, el sociable Matum siguió el torrente del Atibúnico y regresó a su antigua patria, a las aguas en que había nacido. Nunca más se le volvió a ver.

De Orbe Novo, déc. III, lib. VIII, cap. I; traducción de Antonio Alatorre.

[1] Cf. pp. 52 s.

FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA

Según sus mismas referencias, nació en Soria, en 1511. Fué un humanista de amplia cultura, que adquirió en la Universidad de Alcalá y también en Italia. Más tarde fué capellán de Hernán Cortés. Entre sus obras figura la Historia de las Indias, *Zaragoza, 1552-1553, una de las clásicas de la historiografía del Siglo de Oro. Se ignora la fecha de su muerte, que debió ocurrir entre 1557 y 1566. Ramón Iglesia, uno de sus mejores conocedores, se quejaba del injusto olvido en que ha caído su obra; pero si Iglesia era justo al pedir una revaloración histórica, más justo aún es pedir una revaloración de sus muchas bellezas literarias. Sirva de ejemplo este capítulo.*

MANATÍ es un pez que no le hay en las aguas de nuestro hemisferio. Críase en mar y en ríos. Es de la hechura de odre, con no más de dos pies, con que nada, y aquéllos a los hombros. Va estrechando de medio a la cola. La cabeza como de buey, aunque tiene la cara más sumida y más carnuda la barba. Los ojos pequeñitos, el color pardillo, el cuero muy recio y con algunos pelillos. Largo veinte pies, gordo los medios, y tan feo es, que más ser no puede. Los pies

que tiene son redondos, y con cada cuatro uñas,[1] como elefante. Paren las hembras como vacas, y así tienen dos tetas con que dar de mamar a sus hijos. Comiendo manatí parece carne más que pescado. Fresco sabe a ternera; salado a atún, pero es mejor y consérvase mucho. La manteca que sacan de él es muy buena y no se rancia; adoban con ella su mesmo cuero y sirve de zapatos y otras cosas. Cría ciertas piedras en la cabeza, que aprovechan para la piedra y para la ijada. Suélenlos matar paciendo yerba orillas de los ríos, y con redes siendo pequeños, que así tomó uno bien chiquito el cacique Caramatexi y lo crió veinte y seis años en una laguna que llaman Guainabo, donde moraba. Salió tan sentido, aunque grande, y tan manso y amigable, que ¡mal año para los delfines de los antiguos! Comía de la mano cuanto le daban; venía llamándole Mato, que suena 'magnífico'. Salía fuera del agua a comer en casa, retozaba a la ribera con los muchachos y con los hombres, mostraba deleitarse cuando cantaban. Sufría[2] que le subiesen encima, y pasaba los hombres de un cabo a otro de la laguna sin zambullirlos, y llevaba diez de

[1] *Con cada cuatro uñas* 'cada uno con cuatro uñas'; este uso de *cada* es frecuente en la obra de Gómara.
[2] *Sufría* 'soportaba, aceptaba'.

una vez sin pesadumbre ninguna. Y así tenían con él grandísimo pasatiempo los indios. Quiso un español saber si tenía tan duro cuero como decían. Llamó "¡Mato, Mato!", y en viniéndole arrojóle una lanza, que, aunque no lo hirió, lo lastimó. Y de allí adelante no salía del agua si había hombres vestidos y barbudos como cristianos, por más que lo llamasen. Creció mucho Hatibónico, entró por Guainabo y llevóse al buen Mato manatí a la mar donde naciera, y quedaron muy tristes Caramatexi y sus vasallos.

Historia de las Indias, parte I, cap. XXXI.

ANTONIO DE TORQUEMADA

Fué secretario del conde de Benavente, y autor de Coloquios satíricos, *de la novela de caballería* Olivante de Laura *y del* Jardín de flores curiosas. *En esta última obra, aparecida después de su muerte, "había gastado mucho tiempo", según afirma la licencia de impresión. "El autor —escribe Alfonso Reyes—, discreto y mesurado en su juventud, según puede verse en los* Coloquios, *se fué torciendo y amanerando con los años; si no en el decir, al menos en el pensar." La edición princeps del* Jardín *es de Salamanca,* 1570.

Y PUES que viene a propósito, no dejaré de decir un caso maravilloso de un pescado que

se vió en la isla de Santo Domingo o Española,[1] luego como fué conquistada, y es que había en ella un lago, al cual fué traído por unos pescadores de la tierra que le tomaron en la mar, siendo pequeño, y creció tanto en aquel lago que se vino a hacer del tamaño de un caballo, o mayor, y estaba tan familiar con todos los que se acercaban a la orilla y le llamaban por un nombre que le habían puesto, que luego venía, y se llegaba a la ribera, tomando de las manos las cosas que le daban para comer, como si fuera algún animal doméstico. Y los muchachos tenían con él muy gran pasatiempo y regocijo, porque muchos días, llevándole que comiese, se ponían encima, y este pescado los traía por todo el lago holgándose y regocijándose con ellos, y después les volvía a la ribera sin que jamás hiciese daño a ninguno, ni se metiese debajo de la agua. Y yendo unos españoles a ver esta maravilla, uno de ellos le arrojó una lanza, con que le hirió,

[1] También recogen la historia de Mato los cronistas Diego de Landa y Baltasar Dorantes, y el naturalista Jerónimo de Huerta, en pasajes que reproducimos más adelante. Todos ellos tienen a Gómara por fuente, así como Buffon, que comenta la leyenda en su *Histoire naturelle*. A su vez, el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* la recoge del doctor Huerta. Buffon dice que esa historia no puede ser del todo cierta, y que parece fingida sobre "la fábula del delfín de los antiguos, porque el lamantino no puede en absoluto arrastrarse por tierra".

y de allí adelante conocía a los españoles en la manera de los vestidos, y en tanto que alguno estaba presente, no salía, pero con los de la tierra no dejaba de hacer lo mismo que antes. Y después de haber estado allí mucho tiempo, vino una creciente grande de aguas a este lago, de manera que pudo rebosar el agua por una parte en la que estaba cerca, y por allí se salió y no pareció más.

Jardín, trat. VI, fol. 270 r° y v°.

EL PROBLEMA CANÓNICO DEL MANATÍ

Me deja atribulado
su enigma de no ser
ni carne ni pescado.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

LA APARICIÓN de los manatíes ante la conciencia gastronómica de Occidente debió ser un hecho de rara importancia. La primera tajada de manatí despertaría sin duda un arrebato de sorpresa, una admiración bien de acuerdo con la inédita fi-

gura de estos animales, promisoria de exotismos culinarios. Habría de por medio, además, una circunstancia dramática: las peripecias de los conquistadores por hallar sustento. Movidos por la vehemente fatiga del hambre, se habituaron al gusto de repulsivas sabandijas o de ásperas raíces; toparse con un plato nuevo y deleitoso, asequible a los paladares europeos, debió ser para ellos un suceso conmovedor. ¡Cuánto más si se trataba de un animal de porte maravilloso, nunca visto ni oído, grande, feo, desairado y pacífico hasta el extremo!

El primero que nos habla de las excelencias de la carne de manatí es justamente el primer cronista que escribe en tierra americana, Gonzalo Fernández de Oviedo. Antes de él, Pedro Mártir de Anglería había mencionado el punto sin detenerse, aunque de seguro que si hubiese comido tan sólo una loncha de manatí, bien que habría dejado correr la pluma, y muy ponderativamente. El anciano humanista parece que sufría de gota, y es de presumir que, así

por lo gotoso como por lo renacentista, hubiera sido leal amante de la buena mesa. Esto aparte, advirtamos que, después de Oviedo, todos los que escriben del manatí habiéndolo probado, lo elogian con delectación y hasta con apetito.

Oviedo refiere el caso al por menor: crudo es como ternera; cocido como atún, aunque el manatí lo aventaja en buen sabor. Hecho cecina, compite con la excelente que viene de Inglaterra. Friéndolo del medio a la cola, nace infinita manteca en las sartenes, y en vano es buscar otra que convenga más para unos impecables huevos fritos. En conclusión, "es muy singular y precioso pescado si los hay en el mundo". Por su parte, el padre Las Casas asegura que, parecido a la ternera, el manatí es muchísimo mejor, y en especial —dato que trasluce opinión experta— si la carne es de animal tierno y se hace en adobo. Años después, ya a fines del XVI, el mexicano Baltasar Dorantes de Carranza repite a Las Casas y añade que esa carne es también buena con verdu-

ras, y que hace una olla mejor que las de vaca y de carnero. Recomienda además que se coma acompañado de salsas, preferentemente de mostaza, y afirma, con gratitud personal por estos animales, que aun cuando su digestión provoca retoños en las bubas de quien las han padecido, hasta después de bien curadas, a él nunca le ocurrió así. Jovial franqueza, propia de una época en que el mal gálico no era vergonzoso ni secreto, sino simplemente dolencia de conquistadores: conquistadores de tierras y fundadores del mestizaje.

El joven Baltasar había sido el niño prodigio del donjuanismo novohispano, pues a los quince contrajo matrimonio clandestino con doña Mariana Bravo de Lagunas, a su vez de catorce. No tardó en faltar a sus obligaciones de esposo, y tres meses después volvió a casarse, por palabras de presente, con doña Isabel de Rivera, también de la gustosa edad de catorce años. Tan ardiente corazón invalida su libertad, y el pobre Baltasar es encarcelado. Pero el bígamo pre-

coz muy pronto obtiene unas "llaves falsas" —ganzúas— que resultan más verdaderas que las mismas del carcelero: sólo un par de meses duró en la prisión. Se le condena a multa, destierro y, sobre todo, a quedar casado con doña Mariana. La gente que indignaba al Santo Oficio en contra suya, le acusa en alguna ocasión de haberse casado por tercera vez. "Eso ya es otra cosa", diría el bígamo cuando apareció su tercera mujer.

Por consiguiente, el enamorado cronista merece mayor crédito que el propio Las Casas cuando asienta que el manatí es deleite prohibido para los bubosos. Fray Bartolomé dice tal cosa del tiburón, no de los manatíes. Pero el aquí autorizadísimo Dorantes no soporta errores, y si rectifica a Las Casas sin contradecirlo explícitamente, es por la sencilla razón de que ha venido utilizando su *Apologética historia* sin querer citarla. Ni falta que le hacía, pues dicha obra aún se hallaba inédita, y él tenía la fortuna de poseer copia manuscrita.

Otros hay que también hablan de esa carne privilegiada. Como Dorantes, Fray Diego de Landa piensa que nada hay mejor que la mostaza para sazonar manatí: la receta, pues, debió ser muy común en la Nueva España. Motolinía elogia tan maravilloso pez, y el conquistador del Perú Juan de Salinas Loyola, andando por el río Ucayali, se admira de que los *magnatís,* "teniendo nombre de pescado", no lo sean en sabor ni olor. Con gravedad científica, el Padre Acosta nos da noticia antigua de que el manatí en parte sabe a ternera y en parte a cerdo —o, con más justeza, a pernil—. Gómara, que según vimos tiene por fuente a Oviedo, copia sus mejores datos, resumiéndolos con la sugerente concisión de que tanto gusta. ("Lo bueno, si breve, dos veces bueno", podría servir de lema a la obra de Gómara.) Como habla de oídas, no sabe decir nada nuevo. Él y Dorantes de Carranza son los que escriben valiéndose de opiniones ajenas. Gómara por necesidad, Dorantes por invencible hábito de sus manos rapaces. Pero

éste ha comido manatí durante toda una cuaresma: de ahí que se alargue en sus reflexiones culinarias. Es que los días de abstinencia siempre han sido un quebradero de cabeza, tanto para las amas de casa como para los duchos amantes del reír de las ollas. ¡También en el fogón hay dioses!

Preocupados por cumplir con el precepto sin omitir manjares, los colonizadores españoles pronto adquirieron la opípara costumbre de guisar manatí en los días de abstinencia: práctica que lo mismo se realizaba en las Antillas que en México, y, en general, en todo el Caribe. Felices de saborear esa nueva ternera sin que en ello hubiese pecado, pronto los espíritus cuidadosos sintieron remordimientos. A otros, el manatí en vigilia les resultaba divertido, y hasta debió servir de chanza para mojigatos. El padre Las Casas dice que quien viese comer ese plato en Viernes Santo afirmaría escandalizado que se estaba comiendo carne. En el fondo, pues, se regocijaban como si hu-

biesen descubierto una ingeniosa triquiñuela para violar el precepto. Canónicamente, el malabarismo podría formularse así: el guisado sabe a carne, es tan sólido alimento como la carne, pero es pescado.

Tales atractivos hacían simpático al manatí. ¡Su enigma de no ser ni carne ni pescado! Para debidamente presentarlo a los lectores europeos, los cronistas no hallaron recurso mejor que esa rara virtud de burlar los cánones eclesiásticos. Dorantes se alegra tanto de ella, que al copiar a fray Bartolomé acentúa la guasa: el qué viese comer manatí en Viernes Santo, se figuraría que era viernes de Ginebra, esto es: viernes de los heréticos calvinistas. Y hasta el mismo espíritu de la Contrarreforma acaba por humear en este plato de manatí.

Pero el grave y reposado José de Acosta no toma la abstinencia tan en broma, y si bien confiesa haber comido esa carne en viernes, afirma también que "cuasi tenía escrúpulo", pues por su aspecto y sabor parecía enteramente de ternera. Razón tuvo en ello, por-

que, andando el tiempo, se descubriría que el manatí no era pez, sino mamífero, y que por algo recordaba la carne de bovino. En los días de Acosta, todos lo creían pescado, y hasta en el siglo XVIII otro jesuíta, el padre Gumilla, así lo seguía llamando al describir la especie fluvial del Orinoco. A esta confusión parecería contribuir el hecho de que hay allí ciertos delfines de agua dulce, los cuales, por su gran tamaño, dan en ocasiones la impresión de sirenios. Pero la verdad es que el error era completo: recordemos que, por la misma época de Gumilla, el *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia no los distingue de los peces, y llama al manatí "especie de tiburón". Siglo y medio después, en 1881, el señor Barcia recoge en su *Diccionario general etimológico* esta peregrina "especie".

Luego de haber practicado la primera disección anatómica de un manatí, escribe Humboldt que, como el clero de Venezuela "mira este mamífero como pescado, es muy requerido en Cuaresma". Humboldt lo te-

nía por cetáceo. Además, considera infundada la prevención contra la carne de manatí, malsana para muchos al igual que en los tiempos de Dorantes de Carranza. A mediados del XIX, criollos y españoles desconfían aún de ese manjar y lo ceden, altaneros, a los humildes negros de las plantaciones. En él hallaron éstos un plato nutritivo y de fuerte sabor, doble alimento para sus cuerpos fatigados y su arrebatada sensualidad.

Antes del XVIII, sólo hubo uno capaz de suponer que los manatíes fuesen mamíferos. El padre Acosta, guiado por su maravillosa intuición científica, llega a dudar de tan sospechosos pescados. No al desgaire, como el capitán Salinas Loyola, sino con sabia malicia, se pregunta si es posible llamar peces a animales que viven de yerbas, que no engendran sus hijos mediante huevos, sino alumbrándolos, y que los amamantan en la puericia. Aunque no se atreva a negarles taxativamente su carácter de peces, había de ser Acosta, en ésta como en otras ocasiones, el único capaz de saltar dos

largos siglos. Y no es aventurado pensar que ese gusto a ternera en una colación de vigilia, moviendo a escrúpulo al sabio jesuíta, le revelase la extraña condición de los manatíes, intrusos pobladores de los mares.

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

Nació en Madrid, en 1478. Desde los doce años vive en la corte de los Reyes Católicos; viaja a Italia en 1497, donde mejora su ilustración; pasa a Indias con destino a Tierra Firme; por mucho tiempo es alcaide de la fortaleza de Santo Domingo. Atraviesa el océano doce veces, cuidando de que se imprima su General y natural historia de las Indias: *cuidado infructuoso, pues en su conjunto permaneció inédita hasta mediados del siglo pasado, debido a que Las Casas impidió su oportuna publicación. En vida del cronista sólo fué impresa la primera parte, en 1535. Tres años antes se le había nombrado cronista oficial de las Indias. Oviedo murió en 1557.*

MANATÍ es un pescado de los más notables e no oídos de cuantos yo he leído o visto. De éstos, ni Plinio habló, ni el Alberto Magno en su *Proprietatibus rerum* escribió, ni en España los hay, ni jamás oí a hombre de la mar ni de la tierra que dijese haberlos visto ni oído, sino en estas islas e Tierra Firme de estas Indias de España. Este es un grande pescado de la mar, aunque muy continuamente lo matan en los ríos grandes, y en las otras de estas partes. Son mayores mucho que los tiburones e marrajos, de quien

se dijo de suso[1] en los capítulos precedentes, así de longitud como de latitud. Los que son grandes son feos, e parece mucho el manatí a una odrina de aquellas en que se acarrea e lleva el mosto en Medina del Campo y Arévalo, e por aquella tierra. La cabeza de aqueste pescado es como de un buey e mayor. Tiene los ojos pequeños, según su grandeza. Tiene dos tocones con que nada, gruesos, en lugar de brazos, e altos cerca de la cabeza. Y es pescado de cuero y no de escama, mansísimo, e súbese por los ríos e llégase a las orillas e pace en tierra, sin salir del río, si puede desde el agua alcanzar la hierba.

... Creo yo que es uno de los buenos pescados del mundo y el que más parece carne; y en tanta manera parece vaca, viéndole cortado, que quien no lo hubiere visto entero o no lo supiere, mirando una pieza cortada de él, no sabrá determinarse si es vaca o ternera. Y de hecho lo terná[2] por carne, y se engañarán en esto todos los hombres del mundo, porque asimesmo el sabor es más de carne que de pescado, estando fresco. La cecina e tasajos de este pescado es muy singular e se tiene mucho, sin se

1 *De suso* 'arriba'.
2 *Terná* 'tendrá'.

dañar[3] ni corromper. Yo lo he llevado desde aquesta ciudad de Santo Domingo de la isla Española hasta la ciudad de Ávila, en España, el año de mil e quinientos e treinta e un años, estando allí la Emperatriz, nuestra señora. Y en Castilla parece esta cecina que es de la muy buena de Inglaterra cuanto a la vista; pero cocida parece que come hombre muy buen atún,[4] o mejor sabor que de atún es el que tiene. Finalmente, es muy singular e precioso pescado, si los hay en el mundo.

. . . Estos animales tienen ciertas piedras o huesos en la cabeza, entre los sesos o meollo; la cual piedra es muy útil para el mal de la ijada, según acá se platica e afirman personas tocadas de tal enfermedad; e para esto dicen que muelen esta piedra, después de la haber bien quemado; e aquel polvo, molido e cernido, tómalo el paciente después que amanece por la mañana, en ayunas, tanta parte de ello como se podrá tomar con una blanca o con un jaqués de Aragón, en un trago de muy buen vino blanco; y bebiéndolo así algunas mañanas continuadamen-

[3] *Se tiene mucho* 'se conserva mucho'; *sin se dañar* 'sin dañarse'.

[4] *Parece que come hombre muy buen atún* 'parece que se come muy buen atún'. Este uso de *hombre* como sujeto de oración impersonal de tercera persona fué muy frecuente durante la Edad Media.

te, quítase el dolor e rómpese la piedra e hácela echar hecha arenas por la orina, según he oído a personas que lo han probado y de crédito. Visto he buscar con diligencia esta piedra a muchos, para el efeto que he dicho. Suele tener un manatí dos piedras de éstas entre los sesos, tamañas como una pelota pequeña de jugar, e como una nuez de ballesta, pero no redondas; y algunas de ellas son mayores de lo que he dicho, según la grandeza del animal o manatí. Mas para mí yo pienso que la misma propriedad deben tener las piedras que tienen las corvinas e los besugos e otros pescados en las cabezas, si creemos a Plinio,[5] el cual dice que se hallan en la brancha del pescado, en la cabeza, cuasi piedras, las cuales, bebidas con el agua, son óptimo remedio a la piedra y mal de ijada.

De estos manatís hay algunos tan grandes que tienen catorce e quince pies de luengo, e más de ocho palmos de grueso. Son ceñidos en la cola, e desde la cintura o comienzo de ella hasta el fin y extremos de ella se hace muy ancha e gruesa. Tiene solas dos manos o brazos cerca de la cabeza, cortos, e por eso los cristianos le llamaron *manatí,* puesto que el

[5] Lib. XXXII, caps. v y c.

cronista Pedro Mártir[6] dice que tomó el nombre del lago Guaniabo, lo cual es falso; e así como en esta Isla Española le quitaron su nombre e le dieron éste, así en la Tierra Firme, que hay muchos de estos pescados, los nombran diversamente, según la diferencia de los lenguajes de las provincias, donde los hay en aquellas partes. No tienen orejas, sino unos agujeros pequeños por oídos. El cuero parece como de un puerco que está pelado o chamuscado con fuego. Es la color parda y tiene algunos pelicos raros; y el cuero es tan gordo como un dedo, e curándolo al sol se hacen de él buenas correas e suelas para zapatos e para otros provechos. Y la cola de él, de la cintura que he dicho adelante, toda ella hácenla pedazos e tiénenla cuatro o cinco días o más al sol (la cual parece como nervio toda ella), e desque está enjuta, quémanla en una sartén, o, mejor diciendo, fríenla e sacan de ella mucha manteca, en la cual cuasi toda se convierte, quedando poca cibera o cosa que desechar de ella. Y esta manteca es la mejor que se sabe para guisar huevos fritos, porque aunque sea de días, nunca tiene rancio ni mal

[6] Déc. III, lib. VIII, cap. I; como se ve, Oviedo equivoca a Pedro Mártir, quizás porque hablaba de memoria, o bien porque entendió mal la concordancia latina. Lo que dice Anglería es que el lago tomó el nombre de "lago del manatí"; no la inversa, como cree Oviedo.

sabor, y es muy buena para arder en el candil, e aun se dice que es medecinal. Tiene el manatí dos tetas en los pechos el que es hembra, e así pare dos hijos, e los cría a la teta. Lo cual nunca oí decir sino de este pescado y del *viejo marino* o *lobo marino*.[7]

General y natural historia, lib. XIII, cap. IX.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

Nació en Sevilla, 1470; pasó a las Indias, residió en Cuba y Santo Domingo. Se ordenó sacerdote y más tarde se hizo dominico. En 1544 lo nombraron obispo de Chiapas. Espíritu agresivo, su defensa de los indios acabó por convertirse en odio irreprimible contra los conquistadores. Entre sus obras figura la Apologética historia de las Indias, *que permaneció inédita hasta 1909, cuando Serrano Sanz la editó en la* Nueva Biblioteca de Autores Españoles. *Sin embargo, debieron correr de ella copias manuscritas, pues el mexicano Dorantes de Carranza transcribe textualmente muchos pasajes. Las Casas murió en 1566.*

HAY EN esta mar, en especial por estas islas, a la boca de los ríos, entre el agua salada y dulce, los que llaman *manatíes*, la penúltima sílaba

[7] En el mismo Oviedo, lib. XIII, cap. VI: "... del *lobo marino*, que Plinio llama *viejo marino*" (lib. IX, cap. XVII).

luenga;[1] éstos se mantienen de yerba, la que nace en el agua dulce junto a las riberas. Son tan grandes como grandes terneras, sin pies, sino con sus aletas, con que nadan, y bien tienen tanto y medio como una ternera; no es pescado de escama, sino de cuero como el de las toninas o atunes, o como de ballenas; el que lo comiese delante quien no supiese qué era, en Viernes Santo, creería que comía propia carne, porque así lo parece. Es muy más sabroso y precioso que ternera, mayormente los que se toman pequeños, echados en adobo como se suele comer la ternera.

Apologética historia de las Indias, cap. x.

JUAN DE SALINAS LOYOLA

El capitán Salinas Loyola, descubridor del río Ucayali, origen del Amazonas, envió a la corte, en 1571, una serie de cartas donde ofrecía informes de su expedición. Dichas cartas fueron publicadas por Marcos Jiménez de la Espada en el vol. iv de sus Relaciones geográficas de las Indias, *Madrid, 1897.*

HAY MUCHO pescado y muy bueno en él [el Ucayali], de todo género, y en especial sábalos

[1] *Luenga* 'acentuada'; por cierto que estas indicaciones de Las Casas de sílabas *largas* —dicho a la manera latina—, no son siempre de fiar, aunque muchas veces, como en este caso, sean exactas.

y salmones y magnatís, que aunque tiene nombre de pescado, no lo es en el sabor ni en el olor; susténtase de yerba, y así anda por las orillas del río adonde la hay y la puede alcanzar, sacando la cabeza desde el propio río.

Relaciones, vol. IV, pp. LXXXI *s.*

FRAY TORIBIO MOTOLINÍA

Los Memoriales, *de Fray Toribio de Benavente, llamado* Motolinía *por los indios que adoctrinó, fueron editados por Luis García Pimentel, en 1903. Según García Icazbalceta, la fecha de su redacción es posterior a 1541. En el pasaje que reproducimos, Motolinía habla de la región de Papaloapan, en Veracruz, en las inmediaciones de Otlatitlán.*

POR ESTE estero suben, y en él se andan y se crían, malatís o manatís.[1] . . . En este río y sus lagunas y esteros se toman manatís, que creo es el más precioso pescado de todos cuantos en estas partes se crían. Algunos de éstos tienen tanta carne o más que un buey, y en la boca se parecen mucho a un buey. Tiene algo más

1 Es posible que en *malatís* influyera *malato, malatía,* 'leproso, leprosa'. Cf. p. 114.

escondida la cara que no el buey, y la barba más gruesa y más carnuda. Sale a pacer a la ribera y sabe buscar un pasto como los que hay aquí do digo,[2] ca yerba es su manjar. No sale fuera del agua, sino a la vera; descubre medio cuerpo, y levántase sobre sus dos manicas o tocones que tiene, no redondos, mas anchecillos, e allí señala cuatro uñas como de elefante. Lo demás de su manera y propiedades pone bien un libro que trata de la historia natural de las cosas de las Indias.[3] En este estero que dije los hay, y aquí los arponan los indios y toman con redes.

Memoriales, parte I, cap. LIX.

FRAY DIEGO DE LANDA

Fray Diego de Landa, 1524-1579, ganó a perpetuidad el odio de los arqueólogos por su celosa destrucción de los ídolos mayas. Como cronista, nos dejó la Relación de las cosas de Yucatán. *Utilizamos la edición de Héctor Pérez Martínez, México, 1938.*

HAY MUCHOS manatís en la costa entre Campeche y la Desconocida, de los cuales, allende del

[2] *Do digo* 'adonde digo'; *ca yerba* 'porque yerba'.
[3] Se refiere a la obra de Oviedo que, como puede verse, le sirve de fuente en este pasaje.

mucho pescado o carne que tienen, hacen mucha manteca y excelente para guisar de comer. De estos manatís se cuentan cosas de maravillar; en especial, cuenta el autor de la *Historia general de las Indias*[1] que crió en la Isla Española un señor indio uno en un lago, tan doméstico, que venía a la orilla del agua en llamándolo por su nombre que le habían puesto, y que era *Matu*. Lo que yo de ellos digo [es] que son tan grandes que se saca de ellos mucha más carne que de un buen becerro grande, y mucha manteca. Engendran como los animales y tienen para ello sus miembros como hombre y mujer, y la hembra pare siempre dos y no más ni menos, y no por huevos como los otros pescados. Tienen dos alas como brazos fuertes, con que nadan. El rostro tiene harta semejanza al buey y sácanle fuera del agua a pacer yerba a las orillas, y los suelen picar los murciélagos en una jeta redonda y llana que tienen, que les da vuelta al rostro, y mueren de ello, porque son muy sanguíneos a maravilla, y de cualquiera herida se desangran como el agua. La carne es buena, especialmente fresca. Con mostaza es casi como buena vaca. Mátanlos los indios con harpones de esta manera: búscanlos en los esteros y

1 Gómara.

partes bajas, que no es pescado que sabe andar en hondo, y llevan sus harpones atados en sus sogas con boyas al cabo; hallados, los harponean y suéltanles las sogas y las boyas, y ellos con el dolor de las heridas, huyen a una y otra parte por lo bajo y de poca agua, que jamás van a lo hondo de la mar, ni saben; y como son tan grandes, van turbando el cieno; y tan sanguíneos, que se van desangrando. Y así, con la señal del cieno los siguen en sus barquillos los indios, y después los hallan con sus boyas y sacan. Es pescado de mucha recreación y provecho, porque son todos carne y manteca.

Relación, cap. XLV.

JOSÉ DE ACOSTA

Este gran sabio jesuíta nació en Medina del Campo, en 1539. Viaja al Perú, donde vive bastantes años, y vuelve a España en 1587, pasando por México. Su obra más famosa es la Historia natural y moral de las Indias, *Sevilla, 1590, que le mereció el dictado de "Plinio del Nuevo Mundo", impuesto por Feijóo. Murió en el año de 1600.*

EN LAS islas que llaman de Barlovento... se halla el que llaman *manatí*, extraño género de

pescado, si pescado se puede llamar animal que pare vivos a sus hijos, y tiene tetas y leche con que los cría, y pace yerba en el campo; pero en efecto habita de ordinario en el agua, y por eso le comen por pescado, aunque yo, cuando en Santo Domingo lo comí un viernes, cuasi tenía escrúpulo, no tanto por lo dicho, como porque en el color y sabor no parecía sino tajada de ternera, y en parte de pernil, las postas de pescado; es grande como una vaca.

Historia natural y moral, cap. XXX.

BALTASAR DORANTES DE CARRANZA

Nació en México, c. *1548; joven aún, logró la amistad del virrey Martín Enríquez, y pronto obtuvo brillante posición en el mundo oficial. Escribió la* Sumaria relación de las cosas de la Nueva España, *que dirigió al Marqués de Montesclaros, en 1604; sin embargo, no fué impresa hasta 1902. Ernesto de la Torre ha comprobado que muy buena parte de la obra está copiada de Las Casas, Gómara y Durán —tales plagios eran frecuentes por entonces—. En el pasaje que reproducimos señala por excepción su fuente, Gómara, pero calla la otra, Las Casas.*

HAY OTRO pece o animal de agua en esta tierra, disforme y espantable si no saben su manse-

dumbre y cuán provechoso es al uso de los hombres para su sustento: llámanlos *manatíes*. Éstos se mantienen de yerba, la que nace en el agua dulce a las riberas. Son sin pies, sino con sus aletas, con que nada, y bien tiene tanto y medio como una ternera. No es pescado de escama, sino de cuero, como el de las toninas o atunes, o como de las ballenas. El que lo comiese delante de quien no supiese lo que era, en Viernes Santo, pensaría que era viernes de Ginebra y que comía carne, porque así lo parece. Es muy más sabroso y precioso que ternera, mayormente los que se toman pequeños, echados en adobo, como suele comerse la ternera, y también se comen con su verdura, hecha tan buena olla y mejor que de carnero y vaca; e yo lo he comido en una cuaresma ordinariamente. Es comida de gran sustento y muy sana, y que así como "la olla harta la casa", la harta la que se hace de este pescado. El cual se come con salsa de mostaza u otra, como el de carnero y vaca cocido. Aunque es verdad que a mí con esta comida no me han salido los dolores de las bubas, a los inficionados de este aire, por muy bien cubierto que esté y con muy buenos colores de tiempo y salud, a quien come este pescado luego le luce y sale a la cara, y se remueven

los dolores pasados; y así los bubosos no están bien con esta comida, porque les descubre los huesos.

... Dice Gómara en su historia que el cacique Caramatexi, en una de las islas españolas,[1] tomó un manatí chiquito y lo crió 26 años en una laguna que llaman Guainabo, donde moraba. Salió tan sentido, y aunque tan grande, tan manso y amigable, que comía de la mano cuanto le daban. Venía llamándole *Mato*, que suena 'magnífico'. Salía fuera del agua a comer, y en casa retozaba, y a la ribera con los muchachos y con los hombres. Mostraba deleitarse cuando cantaban; sufría que le subiesen encima y pasaba a los hombres de un cabo al otro de la laguna, sin zambullirlos, y llevaba diez de una vez sin pesadumbre ninguna.

Sumaria relación, pp. 136 *s.*

1 Dorantes no cae en la cuenta de que Gómara habla de la isla Española o de Santo Domingo.

ALEXANDER VON HUMBOLDT

Esta es la primera descripción anatómica del manatí, pues Humboldt fué el primero en diseccionarlo. Como se ve, todavía en los últimos años del xviii eran abundantes los manatíes en la cuenca del Orinoco; grandes y continuas matanzas han hecho disminuir la especie, hasta el punto de que el naturalista Röhl se ha quejado recientemente de estas pesquerías despiadadas. Humboldt llegó a Venezuela en 1799 y recorrió el Orinoco al año siguiente. En París, 1807, apareció el Voyage au régions équinoxiales du Nouveau Continent, *obra redactada por Humboldt, pero hecha en colaboración con el botánico Aimé Bonpland.*

A LA noche pasamos la boca del Caño del Manatí, así llamado por la prodigiosa abundancia de *manatíes* o *lamantinos* que pescan todos los años. Este cetáceo herbívoro, que los indios llaman *apcia* y *avia,* suele tener en este lugar hasta diez y doce pies de largo, y un peso de quinientas a ochocientas libras. Habiendo disecado en Carichana, misión del Orinoco, un individuo de nueve pies de largo, observamos que el labio superior sobrepasaba cuatro pulgadas al inferior; está cubierto de una piel muy fina y le sirve de trompa o sonda para reconocer los

cuerpos que lo rodean; el interior de la boca, que tiene un calor sensible en el animal recién muerto, ofrece una conformación muy particular: su lengua es casi inmóvil, pero delante de ella tiene en cada mandíbula un bulto carnoso y una concavidad tapizada de una piel muy dura, y se encajan ambos entre sí. El lamantino arranca tal cantidad de gramíneas, que le hemos hallado repleto de ellas el estómago, dividido en varios receptáculos, y los intestinos, de ciento ocho pies de largo.

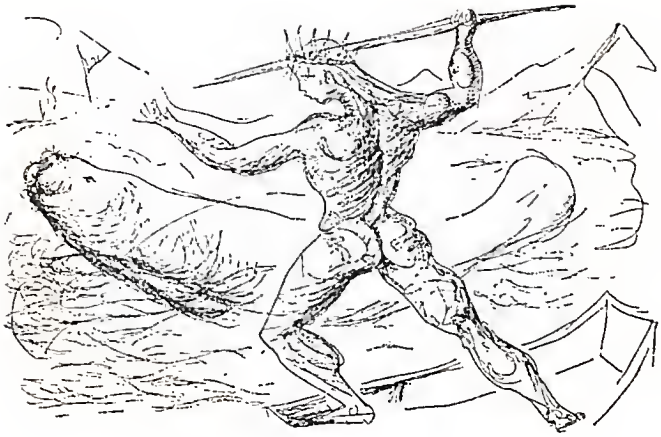
Abriendo el animal por la espalda, se advierte la extensión, forma y posición de los pulmones. Tienen celdillas muy anchas y se parecen a unas grandes vejigas natatorias. Su largo es de tres pies, y llenos de aire tienen un volumen de más de mil pulgadas cúbicas. Me ha extrañado mucho ver que, con unos depósitos de aire tan considerables, salga tan frecuentemente el manatí a respirar a la superficie del agua. Su carne es muy sabrosa, y no sé por qué motivo la llaman malsana o *calenturienta*. Me ha parecido que se asemeja más al puerco que a la vaca, y gustan mucho de ella los guamos y los otomacos, que son las naciones que más particularmente se dedican a la pesca del lamantino. La carne, salada y desecada al sol,

se conserva todo el año, y es muy estimada en la cuaresma, en razón de que el clero considera como pescado a este mamífero.

Viaje a las regiones equinocciales, lib. VI, cap. XVIII.

No HACEN escrúpulo los padres misioneros en comer estos jamones en la cuaresma [de *chiguire* o *puerco de agua*], pues, según su clasificación zoológica, colocan al *tatú*, al *chiguire* y al *lamantino* en la clase de las tortugas. El primero porque está cubierto con una especie de concha, y los otros dos porque son anfibios.

Viaje, lib, VI, cap. XVII.



LA PESCA DEL MANATÍ

PARA la pesca del manatí usan los indios métodos que podrían dividirse en usuales y asombrosos. Entre los primeros se cuenta la pesca en redes de los manatos, y con arpones de los grandes manatíes. Extraordinaria es la pesquería que hacen los naturales del Orinoco, cogiendo manatíes por millares; pero el procedimiento verdaderamente asombroso consiste en el empleo de un pez de afamada inteligencia, a guisa

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
CENTRO DE CIENCIAS DEL MAR Y LIMNOLOGIA

de lebrel: el *guaicán*, nombre americano del *pez-rémora*, también conocido por *pez-pega*, *pegador*, *pez-cazador*, *peje-reverso*, *revirado* y *tardanao*. Advirtamos que este admirable animalito no debe confundirse, como suele ocurrir, con el *pez-romero*, llamado también *pez-piloto*.

Dentro de la pesca con arpón existen variantes, según las costumbres de cada lugar. Esas variantes procuran resolver las dificultades que origina, para impaciencia del pescador, la extraordinaria vitalidad de los manatíes. Con una ballesta en medio del lomo, los enormes monstruos nadan velocísimamente, arrastrando al indio en las más inopinadas regatas. Y cuando ya desangrado lo ven desfallecer, júntase a él el resto de la manada, acompañándolo hasta la orilla en tristísimo cortejo. Muy poco dóciles son para morir, aun cuando nunca atacan al pescador. Desesperan los indios de Tierra Firme y los rematan a lanzadas. En cambio, los del Golfo de México y los del Orinoco gustan de entregarse a esa endemoniada ca-

rrera de acuáticos carros romanos. Después hay que componérselas para llevar la enorme mole hasta la costa, y luego para trasladarla en tierra. Por último viene el festín, abierto ya ese cofre de riquezas domésticas que es un manatí de buena edad y bien comido. ¡Gran júbilo el que hay, gran concurso de mirones, pedigüeños y entrometidos!

Alegría sin límites reina entre los indios venezolanos cuando pescan manatíes por ciertos ingeniosos procedimientos: uno, cerrándoles toda salida al río si se juntan en las lagunas, según su costumbre; otro, infeccionándoles las aguas con yerbas pestilentes y atajándoles el paso, de un lado, con una gran barrera, de otro con sus porras amenazadoras y siniestra gritería.

Ante un manatí, el dueño de un guaicán es Júpiter tonante de rayos empuñados. El guaicán resulta para el indio pescador un aliado inestimable. Rémora para los antiguos, fué muy celebrada su virtud de detener

en alta mar a los más grandes navíos. Tanto los indios como los españoles admiraron su extraña inteligencia. Antonio de Torquemada considera que su entendimiento es comparable al de los más distinguidos animales terrestres, y acepta —por el contrario de Oviedo— la creencia indígena de que los guaicanes comprenden a perfección el lenguaje humano.

Importantes observaciones filosóficas hace el doctor Juan Méndez Nieto al contemplar un tiburón caribeño, hecho acerico de rémoras. Si se acogen a sus lomos —dice— es por cobijarse en puerto seguro, abrigo de la gula mortal de otros pescados. Aparenta la rémora usar de razón al igual que el hombre, y sólo se distingue de él en no poder expresar sus ideas y afectos. Y recuerda aquí el oportuno Méndez Nieto que confirman este aserto la autoridad de los estoicos y también la de Galeno, quien sostiene que "de la razón que se concibe en el ánimo y del discurso que no se articula ni pronuncia, todo animal es participante".

A bordo de una canoa, el indio y el guaicán se ponen de acuerdo en su voraz tarea. El indio está orgulloso de su guaicán, al que ha domesticado amorosamente. Antes de lanzarlo contra su presa, a modo de halcón, lo halaga y le recomienda sea ambicioso en su búsqueda: debe preferir grandes tortugas o gigantescos manatíes. Atado a un cordel, el pez aguarda el momento propicio. Lo larga el indio y parte como un rayo a adherirse sólidamente a su víctima. Tira el indio del cordel y el reverso no ceja en su aprehensión, llegando poco a poco hasta la lancha, ya convertido en esbirro del manatí. Para separarlo de su presa, tiene el indio que acudir a su mejor retórica, pues de lo contrario, el guaicán se niega empecinadamente a abandonar su conquista.

No se trata esta vez, aunque parezca extraño, de fantasías como las del manatí doméstico. La pesca con guaicán es tan cierta, que hasta hoy se practica en las islas del Pacífico. Usan en otros lugares el cormorán, del cual se sirvieron los antiguos pe-

ruanos en esta vistosa cetrería acuática. Pero cuando los cronistas dieron cuenta de ella, resultó la verdad mucho más sospechosa que la patraña. El bueno de Pedro Mártir, feliz de haber comprobado la certidumbre de sus noticias, refirió con alborozo las maravillas del guaicán en su primera década, aparecida en 1504. Enviada prontamente a Italia, los amigos de Ascanio, y quizá Ascanio también, rieron de Anglería e hicieron mofa de su ingenuidad. Volvió entonces de España el nuncio Giovanni Ruffo de Forli, quien reprendió severamente a los detractores del cronista. Enfadado, Pedro Mártir recabó nuevos datos sobre el guaicán, y en la década séptima confirmó su anterior relato, ampliándolo con paladina convicción. Filosofa allí brillantemente para desmentir a sus enemigos, concluyendo que la existencia de un pez pescador era necesaria *per se*. Si hay halcones de cetrería y perros de caza, es inaceptable que, sin razón ninguna, los mares carezcan de algo que tierra y aire exhiben en su fauna. Grave reflexión, empa-

rentada con otra de Oviedo: el reverso, dice, confirma en las aguas que "para cada animal hay un alguacil".

En tan amigable camaradería con la naturaleza vivían los indios americanos. Así los sorprendieron, en plena Edad de Oro, los ojos platonizantes de los europeos. ¡Indios que saltan, corren y nadan en medio de ese reverberar de mil colores puros que es la vegetación tropical! Si la expedición de Alejandro a la India sugirió la *Heliópolis* de Jámblico, el descubrimiento de América provocó instantáneamente en Colón y en Pedro Mártir la idea de una edad dorada, vivida aún por los indios. Rica veta de utopías, entre ellas la nueva *Heliópolis* de Campanella. ¿Ciudad del Sol entonces, Edad de Oro? Al menos, sí, vivía América la Edad del Sol, del sol libre y perpetuo, de la flecha que va por los aires, de los mocetones indios no necesitados de otra caballería que su buena salud para dedicarse al noble ejercicio de la caza. Y caza es tam-

bién esta pesca gentilísima, hecho el indio montero de guaicanes y ballestero de manatíes. Tiempo feliz el suyo. Dorada edad la de su piel de bronce.

PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA

No es posible fijar exactamente cuánto tiempo después de terminada la primera década escribió Pedro Mártir la séptima, en donde vuelve a ocuparse del pez-rémora. Serían unos veinte años, aproximadamente.

HABLARÉ de una nueva manera de pescar. Así como nosotros cazamos liebres con galgos, a través del campo, ellos con un pez cazador cogen otros peces. El tal era de forma desconocida para nosotros, parecido su cuerpo al de una anguila de buen tamaño, con un pellejo durísimo en el cogote, a modo de gran talega. Lo tienen amarrado con un cordel a la armazón del barco, por abajo, de manera que el pez pueda estar junto a la quilla dentro del agua, pues de ningún modo tolera la vista del aire. Cuando aparece algún pez gordo o alguna tortuga —que allí aventajan a un escudo grande—, le dan cuerda. Él, sintiéndose libre, se lanza más rápido que una flecha contra el pez o la tortuga que tenga alguna parte del cuerpo fuera de la concha, y, echándole encima aquella piel de su bolsa, sujeta tan tenazmente la presa cogida que ninguna fuerza basta para desasirle mien-

tras viva, si no se le saca fuera del agua recogiendo poco a poco el cordel; pues en cuanto ve el fulgor del aire abandona la presa. Así levantada ésta muy cerca de la superficie, se arrojan al mar tantos pescadores cuantos se necesiten para sujetarla, hasta que sus compañeros la cogen desde la barca. Subida a bordo, alargan toda la cuerda que sea menester para que el cazador vuelva a su puesto dentro del agua, y allí, con otro cordel, le dan de comer de la misma presa. Los indígenas llaman a ese pez *guaicán;* los nuestros *reverso*, porque caza vuelto boca arriba. Regalaron a los nuestros cuatro tortugas cogidas de ese modo, que casi llenaban la barquichuela.

De Orbe Novo, déc. I, lib. III, cap. v.

Repitamos ahora algo acerca del pez cazador, que me preocupó un tanto en cierta ocasión. En los primeros libros de las *Décadas a Ascanio*, si bien recuerdo, entre otras cosas admirables por lo nuevas e insólitas, dije que los indígenas tenían un pez que caza otros peces. Ellos, del mismo modo que nosotros cogemos a un cuadrúpedo con otro cuadrúpedo, y a las aves con otras aves, acostumbran coger unos peces con otros. En tiempos del papa León, los in-

clinados a la maledicencia mofáronse de mí en Roma sobre esta y otras varias cosas semejantes; hasta que, regresando allá de su legación de catorce años en España, por los pontífices Julio y León, Juan Ruffo de Forli, arzobispo de Cosenza, que conocía cuanto yo escribí, les tapó la boca a muchos con su testimonio en ayuda de mi buena fama. También a mí me pareció al principio duro de creer. Por eso, según dije, hice averiguaciones entre hombres autorizados y entre otros muchos sobre qué es lo que hay de cierto de ese pez. Y dicen que vieron que entre los pescadores eso es cosa tan común como entre nosotros el perseguir liebres con galgos, o el jabalí estrechado entre cercas por mastines; y que ese pez es comida muy sabrosa. Y que teniendo figura de anguila, y no siendo mayor, se atreve a embestir a los más grandes peces y a tortugas mayores que un escudo, del modo que una comadreja ataca a una paloma y a otro animal más grande si puede llegar a él, y, saltando sobre la cerviz, lo acosa hasta matarlo.

Este pez lo tienen los pescadores atado con una cuerda a la armazón de la barca. El pez está un poco distante del casco para no ver el fulgor del aire, que de ningún modo soporta. Pero lo que es más admirable: cuando ve nadar

cerca de sí a otro pez, con su movimiento da la señal de coger la presa. Alargándole la cuerda, como perro libre de cadenas se echa sobre la presa, y, dando vuelta al cogote, echa la bolsa aquella de pellejo sobre la cabeza de su víctima, saltando sobre ella si es un pez grande, pero si es una gran tortuga, la echa donde se deje ver fuera de la concha, y no la suelta jamás hasta que, tirando poco a poco de la cuerda, lo acercan al lado de la barca. Entonces los pescadores, si es un pez grande —pues no cuidan de los pequeños—, lo matan echándole fuertes garfios. Después lo acercan hasta que [el guaicán] ve el aire, y entonces suelta la presa. Pero si es una tortuga, se arrojan al mar los pescadores y la levantan en hombros hasta que sus compañeros la cogen con las manos.

Una vez suelta la presa, el pez vuelve a su puesto, y permanece fijo allí hasta que le dan a comer de la presa, como al halcón de la codorniz que cogió, o hasta que otra vez le suelten para cazar. De cómo los cría el amo, se dijo bastante en su lugar. Los españoles llaman a ese pez *reverso*, porque embiste a la presa y la coge con su bolsa de piel, dándose vuelta.

Ibid., déc. VII, lib. VIII, cap. I.

GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

En Tierra Firme matan los ballesteros estos animales y a otros muchos pescados con la ballesta desde una barca o canoa, porque andan sobreaguados,[1] e danles con una saeta o con un arpón, e lleva el lance o asta una traílla o cuerda delgada de hilo delgado y recio. Y después de herido, vase huyendo, y en tanto el ballestero le da cuerda; y en fin del hilo, que es muy luengo, pónele un palo o corcho por boya o señal que no se hunde en el agua; e desde que está desangrado e cansado e vecino de la muerte, llégase a la playa o costa, y el ballestero va cogiendo su cuerda; e desde que le quedan diez o doce brazas por coger, tira del cordel hacia tierra, y el manatí se allega hasta que toca en tierra e las ondas del agua le ayudan a se encallar más; y entonces el ballestero e su compañía ayudan a le botar de todo punto en tierra y a le sacar del agua, para le llevar a donde le han de pesar o guardar. Y es menester una carreta con un par de bueyes, según son grandes pescados. Algunas veces, después que el manatí viene herido, según es dicho, hacia tierra, le

1 *Andan sobreaguados* 'andan sobre la superficie del agua'.

hieren más desde la barca con un arpón grueso enastado, para le acabar antes, e después de muerto encontinente se anda sobre el agua.

... En este río Ozama, que pasa por esta ciudad, hay hierbas en algunas partes cubiertas de agua, cerca de las costas, y el manatí pace allí e venle los pescadores, e desde las barcas o *canoas* le arponan. También los matan con redes recias, hechas como conviene para los tomar.

... Una pesquería hay de estos manatís e de las tortugas en la isla de Jamaica y en la de Cuba, que si esto que agora diré no fuese tan público e notorio, e no lo hubiese oído a personas de mucho crédito, no lo osaría escrebir. Y también se cree que en esta isla Española, cuando hubo muchos indios de los naturales de ella, también se tomaban estos animales con el peje reverso. Y pues ha traído el discurso de la historia a hablar en este animal manatí, mejor es que en este capítulo se diga que en otra parte. Para lo cual es de saber que hay unos pescados tan grandes e mayores como un palmo, que llaman *peje reverso,* feo al parecer, pero de grandísimo ánimo y entendimiento. El cual acaece que algunas veces es preso entre las redes, a vuelta de otros pescados. Este es un buen pescado, e de los mejores de la mar para

comer, porque es enjuto e tieso, e sin flema, o a lo menos tiene poca; e muchas veces lo he yo comido para lo poder testificar. Cuando los indios quieren guardar e criar algunos de estos reversos para su pesquería, tómanlo pequeño e tiénenlo siempre en agua salada de la mar, e allí le dan a comer; e lo crían doméstico hasta que es del tamaño e grandeza que he dicho o poco más, y apto para su pesquería. Entonces llévanle a la mar en la *canoa* o barca, e tiénenlo allí en agua salada e átanle una cuerda delgada, pero recia. E cuando ven algún pescado grande, así como tortuga o sábalo, que los hay muy grandes en estos mares, o alguno de estos manatís e otro cualquier que sea que acaece andar sobreaguados, de manera que se pueden ver, toma el indio en la mano este pescado reverso e halágalo con la otra e dícele en su lengua que sea *manicato,* que quiere decir 'esforzado e de buen corazón', e que sea diligente, e otras palabras exortatorias a esfuerzo, e que mire que ose aferrarse con el pescado mayor e mejor que allí viere. Y cuando ve que es tiempo y le parece, le suelta y lanza donde los pescados grandes andan; y el reverso va como una saeta y afiérrase en un costado con una tortuga o en el vientre o donde puede, e pégase con ella o con otro gran

pescado. El cual, como se siente estar asido de aquel pequeño reverso, huye por la mar a una parte e a otra; y en tanto el indio pescador alarga la cuerda o traílla de todo punto, que es de muchas brazas, y en fin de ella está atado un palo o corcho por señal o boya, que esté sobre el agua. E en poco proceso de tiempo el pescado manatí o tortuga, con quien el reverso se aferró, cansado, se viene la vuelta de tierra a la costa, y entonces el indio pescador comienza a cargar su cordel en la *canoa* o barca; e cuando tiene pocas brazas por coger, comienza a tirar con tiento poco a poco, guiando el reverso e prisionero con quien está asido, hasta que se llega a la tierra, e las mismas ondas de la mar le echan fuera. E los indios que en esta pesquería andan, saltan en tierra, e si es tortuga, la trastornan aunque no haya tocado en tierra la tortuga, porque son grandes nadadores, e la ponen en seco. E si es manatí, le arponan e hieren e acaban de matar. Y sacado el tal pescado en tierra, es necesario con mucho tiento e poco a poco despegar el reverso, lo cual los indios hacen con dulces palabras, e dándole muchas gracias de lo que ha hecho e trabajado, e así lo despegan del otro pescado grande que tomó. E viene tan apretado e fijo con él, que si

con fuerza lo despegasen lo romperían, o despedazarían el reverso. E así de esta forma que he dicho se toman estos tan grandes pescados, de los cuales parece que la natura ha hecho alguacil e verdugo o hurón para los tomar e cazar a este reverso. El cual tiene unas escamas a manera de gradas, como el paladar o mandíbula alta de la boca de un hombre o de un caballo, e por allí unas espinas delgadísimas e ásperas e recias con que se afierra con los pescados que él quiere. Y estas gradas o escamas llenas de estas puntas tiene el reverso en la mayor parte del cuerpo por de fuera, y en especial desde la cabeza a la mitad del cuerpo por el lomo y no en la parte del vientre, sino de medio lomo arriba; e por eso le llaman reverso, porque con las espaldas se ase e afierra con los pescados.

Es tan liviana esta generación de aquestos indios, que tienen ellos creído por muy cierto que el peje reverso entiende muy bien el sermón humano e todas aquellas palabras que el indio le dijo animándole antes que lo soltase, para que se aferrase con la tortuga o manatí u otro pescado, e que también entiende las gracias que después le da por lo que ha hecho. Y esta inorancia viene de no entender ellos que aque-

llo es propriedad de la natura, pues que sin les decir nada de eso, acacce muchas veces en ese grande mar océano, e yo lo he visto asaz veces, tomarse tiburones e tortugas e salir con los reversos pegados con los tales pescados; e por despegarlos de ellos hacerlos pedazos. De lo cual podemos colegir que no es en su mano despegarse después que están pegados por sí mismos, sin algún intervalo de tiempo, o por otra causa que yo no alcanzo; pues que es de creer que cuando el tiburón o tortuga es tomado, deberían huir los tales reversos que están pegados, si pudiesen. El caso es que, como dije de suso, para cada animal hay su alguacil.

General y natural historia, lib. XIII, cap. IX.

ANTONIO DE TORQUEMADA

El texto tiene como fuente a Oviedo, de quien toma noticia de la plática del indio con el reverso, y también a Pedro Mártir, quien afirma que el pez entendía esas dulces palabras.

TAMBIÉN en los pescados hay algunos de mayor instinto natural, y tanto que casi parecen tener

mayor entendimiento que otros, conforme a lo que vemos en los animales; y así aquel pescado tan pequeño, con que pescan en algunas partes de las Indias Occidentales, lo hace maravillosamente. Porque no siendo mayor que dos palmos, lo crían y amansan en alguna vasija de agua, como acá hacemos a los gavilanes o halcones en la mano, y después que ya le tienen manso, átanle al pescuezo un cordel muy largo, y antes que le suelten en la mar, le regalan y halagan, diciéndole que se haya poderosamente con los pescados, y que no tome de los pequeños; y hecho esto le sueltan y dan cordel hasta sentir que tiene hecha presa; porque se va a la barriga de algún pescado de los mayores, y pegándose en ella, queda preso de tal manera que, pujando los pescadores el cordel, saca el pescado consigo; y también para que lo suelte es necesario hacerle halagos y decirle muy buenas palabras, que de otra manera primero le harían pedazos que lo soltase. Y esto de ligarse tan fuertemente parece propriedad natural que aquel pescado tiene. Y porque hay muchos testigos en España, de los que han estado en Indias, que darán testimonio de ello, vengamos a lo de los delfines, de los cuales se sabe que son muy amigos de la mú-

sica, y también de los mochachos, y que muchas veces los han traído encima de sus espaldas.

Jardín, fol. 270 r° y v°.

BALTASAR DORANTES DE CARRANZA

Compárese el procedimiento que describe Dorantes con el que, según Oviedo, se practicaba en Tierra Firme medio siglo atrás, y también con el de los indios del Orinoco, ya en pleno XVIII, en tiempos del Padre Gumilla. Véanse además los textos de Motolinía y Landa (pp. 69 y ss).

HAY MUCHOS de estos manatíes en Guatzacualco y toda esta costa del norte. Cázanlos los indios espiándolos cuando salen a comer a la orilla del río, y toman una soga larga, y en ella puesta la fisga, en una vara larga. En llegando el indio cazador donde está el manatí, como es tan pesado, al revolver para meterse en el agua le echa la fisga, y como el manatí se ve herido nada a grandísima priesa, y el indio le va siguiendo en su canoa; y como el manatí se va desangrando va aflojando en su nadar, y el cazador lleva a jorro su canoa a tierra, y allí le

izan y sacan. Y es tan provechoso como un cebón de bondejos: manteca y mil provechos que alegran la casa como el día que se mata un puerco. Y hacen tasajos de carne, y los huesos son provechosos para el mal de orina, molidos y bebidos en vino.

Sumaria relación, p. 137.

JOSÉ GUMILLA

PERO LA cosecha imponderable de pescado es en las lagunas grandes, adonde entran innumerables tortugas y bagres, de a dos y tres arrobas de peso; laulaos de diez a doce arrobas, y sobre todo innumerable manatí de a veinte y treinta arrobas cada uno. A éste llaman los europeos *vaca-marina;* [1] se mantiene de la yerba que nace a las riberas del Orinoco, y en cuanto éste empieza a llenar las lagunas, sale a ellas para lograr pasto más fresco y abundante. Luego que empieza a bajar el río, observan los indios el sitio por donde forma canal el

1 Recuerda Oviedo que Plinio, lib. IX, cap. XVII, "dice que los animales de agua que son vestidos de pelo no paren huevos, sino animales, así como son pistre, ballena, viejo marino, a los cuales llama *vacas marinas*". Con el tiempo, *vaca marina* ha pasado a ser exclusivamente 'manatí'.

desagüe de la laguna que han escogido para almacén de pescado, porque no se le puede dar otro nombre a la abundancia que allí encierran para muchos meses. Concurre toda la gente del pueblo, forman estacas de largo competente, y muy gruesas, para que resistan a los golpes y avenidas de los disformes peces, que, a tropas dan repetidos y casi continuos asaltos contra la estacada, buscando el centro del río. Ponen las estacas bien clavadas y juntas, tanto, que dan paso al agua, pero no al pescado de primera magnitud, ni a las tortugas. Refuerzan su estacada con vigas fuertes, que, atravesando la canal de barranca a barranca, hacen espalda a las estacas; y para mayor seguridad, apuntalan con troncos firmes estas vigas, que sirven de atravesaños. Parecerá ocioso tanto trabajo, pero las avenidas de manatíes que porfían contra esta tapa son tales y tantas, que el año que sólo la refuerzan dos o tres veces es feliz. No es ponderable, ni cabe en la pluma expresar la multitud de peces grandes que queda asegurada a la disposición de los indios. Podráse colegir por el que sacaron en la laguna Guariruana, en la grande persecución de los caribes del año de 1735. Juntaron los misioneros en aquel pueblo de San Ignacio de Guamos hasta noventa hom-

bres de armas, para que junto con los indios hiciesen frente a los rebatos y avenidas de los caribes, que habían protestado no volverse a sus tierras sin destruir del todo nuestras misiones; para lo cual, con arte diabólica, cortaron los platanales, arrancaron los yucales y pegaron fuego a las trojes de maíz, para hacer más cruda guerra con la hambre que con sus armas. El bagre, cachama, morcoto, laulau y manatí asado servían de pan a los noventa huéspedes y a los indios del pueblo; y el mismo pescado servía de guisado en ollas de vianda. Excesivo consumo, pero llevadero a vista de la laguna, que bien tapada daba largo y sobrado abasto a todos cada día y todos los meses que se hubo de mantener la dicha guarnición. Todas las mañanas traían dos lanchas cargadas de manatí y otros pescados y tortugas. Y cuando era menester, traían por las tardes las lanchas con segunda carga, sin que este gasto tan grande hiciese disminución conocida en dicha laguna; en tal manera, que, llegado el tiempo de destapar las lagunas para que el pescado que sobra se vuelva al río y no muera por falta de agua, se olvidaron los indios de quitar la tapa de esta laguna a su tiempo. Y cuando se acordaron y fueron, según me aseguró como testigo de vista el padre

Bernardo Rotella, misionero de los guamos, hallaron muertos más de tres mil manatíes, y otra grande multitud de pescado. Porque, no habiendo quedado sino media vara de agua, todo aquel a quien daba el sol en el lomo iba muriendo; y sola la inmensidad de tortugas, que se contentan con poca agua, estaba dominante, y con ellas se fué manteniendo la gente mucho tiempo. De modo que la abundancia de pescado y tortugas del Orinoco, apenas es creíble a los que la ven y tocan con sus manos.

Ni por eso dejan de pescar en los ríos pequeños y arroyos, para variar de plato u de divertimiento. Dos especies de raíces crían para este propósito: la una llaman *cuna,* crece al modo de la alfalfa y cría la raíz semejante a los nabos, menos en el olor y sabor; uno y otro son tan molestos para el pescado, que, machacadas algunas raíces y lavadas en el agua, lo mismo es oler su actividad que embriagarse y atontarse los peces, de modo que con la mano los van pasando a los canastos los indios. El resto del pescado huye apresuradamente, agua arriba y abajo. Los que tiran hacia arriba, se encuentran con una fila de indios, que, aporreando el agua con garrotes, los hacen revolver con los demás, agua abajo, para su ruina, por-

dos o tres credos. Y lo mismo es asomarse que clavarle un recio arpón de dos lengüetas, el cual está prendido en una soga muy fuerte y larga, hecha de cuero de manatí, que es mucho más grueso que el cuero de buey; la otra punta de la soga está atada en la proa de la canoa. Luego que el manatí se siente herido, corre con la velocidad de un rayo, a veces una legua, a veces más, llevando tras sí la canoa, en la cual, con ambas manos y con mucho riesgo, se afianzan el marido y la mujer. Luego que paró el manatí, lo va llamando por la soga, poco a poco, el indio; hasta que, ya cercano, reconoce el pez la canoa y emprende segunda carrera con la misma velocidad, pero no tan larga. Llámalo por la soga segunda vez, y al acercarse toma tercera carrera, en la cual infaliblemente se cansa y se sobreagua boca arriba, ya sin fuerza. Entonces llegan con la canoa, le abren el vientre, y luego que le entra el agua por la herida se muere.

Y ahora ¿qué hacemos en medio de un río de una legua de ancho con un manatí de veinte y aun de treinta arrobas, casi tan largo como la canoa? ¿Cómo entre solos marido y mujer meterán dentro de la canoa el manatí, en sitio donde no hay fondo para afirmar los pies? La

que los más se aturden con la fuerza de la *cuna*. Los mayores, que corren más y tienen mayor resistencia, se encuentran en el río atajado con un cañizo algo más alto que el agua. Topan, vuelven atrás, vuelven a encontrar con el olor de la *cuna*, y, redoblando la fuerza, dan un salto sobre el cañizo de la tapa, y caen sobre otro cañizo grande, que a espaldas de la tapa tienen prevenido los pescadores. Y así no hay por donde evadir la trampa. Esta es pesquería muy divertida, y de ordinario muy alegre para los indios, porque a este, un pescado al saltar le da en la cara, al otro en las costillas; los restantes hacen trisca y lo celebran con chacota, y luego les sucede lo mismo, de que se ríen.

La otra raíz con que pescan a este mismo modo se llama *barbasco;* es del mismo color y hechura que el de un tronco de parra, y tiene también la fuerza de la cuna. . .

La destreza con que un indio de Orinoco sale en su canoa, sirviendo su mujer de piloto, clava un arpón al manatí y lo lleva al puerto, es cosa admirable. La mujer va remando, el marido va en pie, observando cuándo el manatí se sobreagua[2] para resollar, lo cual hace cada

[2] *Se sobreagua* 'emerge a la superficie'; cf. p. 91, n. 1.

singular maniobra, que practican todos los días, es de este modo: se arrojan ambos al agua, con los pies y la una mano nadan, y con la otra mano abocan el bordo de la canoa, para que coja agua, hasta quedar casi llena. Entonces, con gran facilidad, rempujan la canoa y la ponen debajo del manatí, y tomando una vasija llamada *tutuma*, que para el caso cargan en la cabeza encajada a modo de un gorro, empiezan a sacar agua de la canoa y al paso mismo que la desaguan, se va levantando y sobreaguando y recibiendo en su hueco al manatí, quedando sobre el agua suficiente bordo para navegar. Entonces el indio sube, y sentado el indio sobre la cabeza del manatí y la india sobre la cola, van bogando, puesta la proa al puerto, donde esperan ya los parientes del pescador y los que no lo son. Y no hay hombre pobre, porque se reparte con gran liberalidad.[3]

El Orinoco ilustrado, parte I, cap. XXI.

[3] Cf. pp. 24 *s*.

ALEXANDER VON HUMBOLDT

Como se verá, los datos de Humboldt confirman los de Gumilla respecto a la pesca del manatí, y dan testimonio de que las terribles matanzas continuaban en los dos últimos años del xviii.

Es el lamantino muy duro de morir. Después de haberle arponado se le ata, pero no muere hasta que se le transporta a una canoa. Esta maniobra se ejecuta, cuando es muy grande, en medio del río, llenando de agua las dos terceras partes de la lancha, colocándola bajo el animal para que entre en ella y vaciándola con una calabaza. Es más fácil la pesca después de las grandes inundaciones, cuando el lamantino se ha trasladado de los ríos a los lagos y pantanos inmediatos, y las aguas disminuyen rápidamente.

El cuero del lamantino tiene más de pulgada y media de espesor, y sirve de cuerdas en los llanos, al modo de correas de res; sumergido en agua, tiene el defecto de sufrir alguna putrefacción. De él se hacen látigos, por lo cual los nombres *látigo* y *manatí* son sinónimos, y sirven de instrumento de castigo para los des-

venturados esclavos y aun para los indios de las misiones, que según las leyes deben ser tratados como hombres libres.

Viaje, lib. VI, cap. XVIII.

LOS MANATÍES EN LA ACADEMIA

HECHO muy repetido en la historia de los manatíes es provocar equívocos en quienes pretenden clasificarlos. No sólo se confunden con sirenas: también han estado a pique de ser delfines, ilustres seres acuáticos de la realidad y el mito. A ellos, como vimos, se comparan los manatíes en inteligencia y cordialidad con los hombres. También, pasando a detalles, en estar ambos revestidos de "cuero y no de escama".

Por mucho tiempo confundieron los manatíes la soberbia de los sabios; viejos zoólogos cayeron en incontables malentendidos, relacionándolos de manera absurda con otros animales. A su vez, la Real Academia prestó su Diccionario para el recrudecimiento de esos errores, conservándolos celosamente hasta muchos años después de que los naturalistas pudieron rectificarse. Y aun hoy los reales académicos dejan en silencio a los dugongos, hermanos de los manatíes en aguas asiáticas.

Jerónimo Gómez de Huerta, médico de Felipe II, tradujo al español la *Historia natural* de Plinio, comentándola y añadiéndole datos sobre animales que los antiguos ignoraban: uno de ellos el manatí. Como el doctor Huerta no había visto jamás uno en su vida, buscó en Gómara pronta erudición, y pudo así no sólo describirlo, sino hasta referir la caprichosa historia de Mato, el magnífico. Lástima que fuese poco cuidadoso al copiar a Gómara, pues equivocado por *Mato*,

nombre propio, escribe *manato* en vez de *manatí;* lejos estaba de pensar que, un siglo después, los académicos, apoderándose de su error, lo convertirían en palabra oficial de nuestro idioma. En efecto, el Diccionario de Autoridades, primera edición del diccionario académico, que aparece entre 1726 y 1739, ignora *manatí* y recoge *manato*, vocablo sólo usado por Huerta. Éste confundió la palabra, pero los académicos, sobre aceptar el equívoco, estropearon la descripción del animal. Cuando Huerta habla del marrajo, comparándolo al tiburón, dice que su morada es el Índico, "donde también se cría el manato"; pero los académicos, confundiendo *marrajo* y *manato*, definen a éste como "especie de tiburón". Dos siglos antes no se había logrado tamaño dislate; afirma Oviedo que manatíes y tiburones se parecen en ser "pescados de cuero", y en que engendran directamente a sus hijos, no mediante huevos. Estos rasgos comunes, de los cuales participan también cazones, tollos y bufeos, no inducen al cronista a caer en

los graves errores de los gravísimos académicos.

En 1803, la cuarta edición del Diccionario trae por primera vez las palabras *manatí* y *vaca marina;* aparición triunfal, porque *manato* les cede el paso y queda postergado a sinónimo. De acuerdo con la zoología de entonces, se les clasifica como cetáceos, figurando por su vivienda el Índico "y otros mares"; todavía no se deciden los académicos a revelar el dato, acaso confidencial, de que son animales americanos. Quizás el manatí despertaba recelos de patriota emancipador. La edición de 1817 añade un sinónimo, *pez-mujer*, del cual nos ocuparemos luego, y remite a *vaca marina* como a nombre principal; pero tristísima falla tipográfica hace que ese vocablo permanezca omitido hasta la sexta edición, en 1822. De allí en adelante, coincidiendo un tanto simbólicamente con la libertad del Nuevo Mundo, queda presentado al fin como "animal indígena de América y Asia", silenciada prudentemente su dudosa calidad de cetáceo.

La misma definición, siempre incluyendo las líneas hurtadas a Huerta, se repite hasta 1852.

Por entonces ya los manatíes se habían independizado, a su vez, de los cetáceos. Convertidos en sirenios, esa definición elusiva crecía paulatinamente en su anacronismo. Entonces los académicos prefirieron desquiciar a los pobres manatíes, llamándolos en la décima edición, 1869, "especie de foca". Pero el derrumbe ocurrió en la undécima, 1884, cuando por todo comentario se afirmó: "*Vaca marina*. Morsa."

A partir de 1899, evitaron clasificaciones zoológicas para los manatíes. Sólo en 1925 se les agrupó dentro del orden de los sirenios. Y así, en la actualidad, disponen los manatíes de gran acopio de nombres; cantidad excesiva, porque ni *manato* ni *pez-mujer* pertenecen al español general. Suponemos que *manato* se conserve gracias a su arbitraria inclusión en el Diccionario de Autoridades. De *pez-mujer* sólo sabemos que se use en la cuenca amazónica del Beni,

en Bolivia, y eso por influjo del *peixe-mulher* brasileño (también se emplea en Bolivia *pez-buey*, de *peixe-boi*, y hasta por extensión *pez-toro*). En la primera edición del Diccionario ya figuraba un *pexe-múller* o *pexe-muller;* por los datos, probablemente es un dugongo; pero en 1817 aparece con la quinta edición un *pez-mujer*, sinónimo de manatí, en vez del estrambótico *pexe-múller*.

Todavía existe otro nombre del manatí, si bien no lo registra el Diccionario: *lamantín* o *lamantino*. Muy rica es la nomenclatura española para este sirenio, en tanto que los dugongos aguardan aún su admisión legal a nuestra lengua, detenidos por aduanas académicas. Han resultado animales nada castizos.

El nombre de los manatíes parece llevar en sí un fermento de duda. Descomunales y misteriosos estos animales marinos, su nombre, como ellos mismos, resultó inexplicable. Apenas descubrió Europa los manatíes, nacieron variadas hipótesis sobre el

origen del vocablo. De ningún modo se resignaron los cronistas a que *manatí* fuese simplemente voz caribe, sino quisieron que el bautismo del monstruo tuviese el pedestal de una anécdota. Oviedo, como vimos, es el primero en referir que *manatí* alude a los brazos o manitas del animal, que sirven a las hembras para llevar las crías junto a sus pechos. La hipótesis tuvo cierta fortuna, y aun recientemente no faltó algún naturalista que, por cuenta propia, diese por nueva la vieja y desprestigiada explicación.

Ya sabemos que Salinas Loyola prefirió llamarlos *magnatís*, en atención a su grandeza, y que Motolinía, más preocupado por el bienestar de los indios que por la exactitud de sus vocablos, no supo bien si el nombre es *manatí* o *malatí*. En tal vacilación pudo influir la semejanza de la palabra *malatía* 'leprosa'. ¡Indecoroso parecido! Mientras el capitán Salinas Loyola, guerrero audaz, sueña en grandezas al confundirse, el bueno de fray Toribio, acostumbrado a la humildad de sus catecúmenos, no tiene

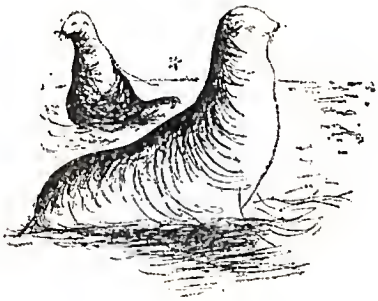
reparo en dar a los manatíes nombre de intocable.

Tan complicada como la de *manato* es la historia de los llantos del lamantino. Más importancia tienen entre los manatíes las hembras que los machos, y eso por los pechos de las hembras, del mismo modo que se tiene en más a la vaca que al toro o el buey. Seres con prestigio de matriarcado, los manatíes recibieron nombres como *pez-mujer* y *vaca marina.* Por ello el francés tomó su denominación del femenino: *la manatí* dió *lamantin,* vocablo que data al menos del siglo XVII. El doctor Alexandre Oexmelin, atareado cirujano de los hombres del pirata Morgan, cuenta en sus *Voyages* que los desventurados bucaneros soñaban hallarse un distraído *lamantin* para remediar sus hambres. Luego, en traducciones del francés, volvió la palabra al español, transformada en *lamantino* o *lamantín.* Caso muy semejante al de *yaguar,* nombre con que los guaraníes designan reputado

felino. Escrito *jaguar* por autores franceses, los traductores españoles conservaron la *j* y estropearon la fonética. Razonables, los académicos prefieren la *y* original, por lo mismo que consideran galicismo a *lamantino* y lo omiten en su Diccionario.

Herman Melville, experto en ballenas pero torpe en manatíes, impide a *lamatins* y *dugons* el acceso a su *Moby Dick*. Temiéndolos rivales de su blanca ballena, trata de evitarlos con agresiva negligencia. "Son despreciables —afirma—. Y sobre todo, como no lanzan chorros de agua, les niego sus credenciales y les doy pasaporte para que abandonan el reino de la cetología." Yerra el parcializado Melville, pues manatíes y dugongos, más distinguidos aún que los cetáceos, son sirenios. Yerra también al llamarlos *peces-cerdos*, nombre que pertenece a cierto plebeyo mamífero fluvial. Y teniendo en inglés los nombres *sea-cow* y *manatee*, prefiere hacer un refrito de la estropeada forma francesa y escribe un *lamatin* que es casi "le matin". Hasta aquí los errores.

Pero en francés *lamantin* sufrió una nueva y absurda transformación. Por etimología popular se convirtió en *lamentin*, y el pobre monstruo adquirió fama de llorón. El desterrado jesuíta Clavijero, que como es sabido escribía en italiano, habla del *lamentino*, "o sea quejumbroso". Cierto es que los sirenios, como los cetáceos, son animales dotados de voz; pero de allí a afirmar con Sandoval que "cuando lo matan gime como una persona" hay mucha diferencia. Nuevo error acerca de estos famosos animales, rodeados de una complicada leyenda que forjó la ingenua humanidad, desconcertada por la extrañeza del gigante monstruo.



JERÓNIMO DE HUERTA

El célebre médico Jerónimo Gómez de Huerta publicó en 1624 una traducción comentada de Plinio; primero parcialmente, luego completa. Teniendo por fuente a Gómara, añade a Plinio el párrafo sobre el manato, *luego de hablar del marrajo.* Manato *es cruce de* Mato, *nombre propio, y* manatí; *es palabra sólo usada por Huerta. Georg Friederici, en su* Amerikanistisches Wörterbuch, *Hamburgo, 1947, no registra* manato *como voz en uso.*

SU MAR, lago y ríos [de Santo Domingo], son riquísimos de pescado, y engendran entre otros el manato, que le estiman por el mejor del mundo.

Historia natural de Plinio, fol. 230 r°, *b.*

TAMBIÉN el marrajo es algo semejante al becerro marino,[1] pero mucho más al tiburón, aunque es mayor y más feroz, y no tan ligero. . . Dicen algunos de los que navegan por el mar de España que se hallan estos animales [marrajos] en él; pero más ordinario es hallarlos en el mar Índico, donde también se cría el manato.[2] El cual tiene la boca como buey; es su piel durísima, el lomo llano, su cuerpo muy grueso,

[1] *Becerro marino:* Huerta no sabe decir si es la foca o si es el lobo marino; cf. fol. 431 r° y v°.
[2] Posiblemente, Huerta llamaba *Índico* al mar de las Indias Occidentales.

y tiene solos dos pies, con que nada, que salen como brazos de los hombros. Vase estrechando desde en medio hasta la cola. Son sus ojos pequeños, el color pardillo, y suele tener veinte pies de largo. La hembra tiene dos grandes tetas, con cuya leche cría sus hijos, los cuales pare vivos, como animal de tierra. Suélenlos matar paciendo yerba a las orillas de los ríos, adonde suben del mar. Y también siendo pequeños los asen en las mismas aguas con redes. Y así cuenta Gómara en la *Historia general de las Indias* que asió uno el cacique Caramatexi, y le crió veinte y seis años en una laguna que llaman Guainabo, cerca de adonde aquel cacique vivía; y hízose tan manso y tratable, que ningún delfín podía serlo más. Venía llamándole *Mato,* y comía de la mano cuanto le daban. Retozaba a la ribera con los muchachos y con los hombres, y mostraba gran contento y deleite cuando cantaban. Sufría que subiesen encima de él, y pasaba los hombres de una parte a otra de la laguna, sin zambullirlos; y llevaba diez de una vez, sin pesadumbre alguna. Pero aunque se amansan de esta suerte, y son tan dóciles para lo que quieran enseñarles, no se olvidan de las injurias que reciben, como se vió en este mismo. Que tirándole un español una lanza, por ver si

tenía el cuero tan recio como decían, de allí adelante nunca salía del agua si había hombres barbados y vestidos como españoles. La carne de éstos, siendo fresca, sabe a ternera, y salada tiene gusto de atún, aunque es mejor y se conserva más tiempo. Su manteca es muy buena, y nunca se enrancia. Adoban con ella su mismo cuero para hacer del calzado y otras cosas. Dicen que en las cabezas de éstos se crían unas piedras muy provechosas contra las piedras de los riñones, y para los dolores de ijada.

Ibid., fol. 432 1° *ss.*

DICCIONARIO DE AUTORIDADES

Confundiendo el manato *y el* marrajo, *los académicos creen que el manatí se parece al tiburón. Siguen minuciosamente los equívocos de Huerta y afirman además que "se cría en el mar Índico".*

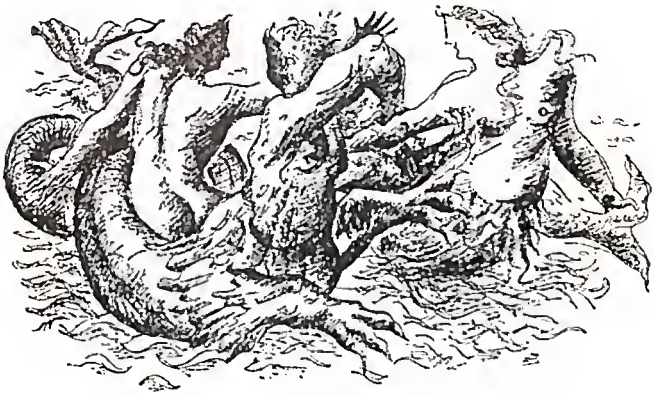
El libro del padre Alonso de Sandoval se denomina Naturaleza, policía sagrada y profana, costumbres, ritos, disciplina y catecismo de todos etíopes, *Sevilla, 1627. Como dijimos, el padre Sandoval parece referirse al dugongo.*

MANATO. s. m. Especie de tiburón, que se cría en el mar Índico, el cual tiene la boca como

buey y el cuerpo muy grueso y del largo de veinte pies, cubierto de una piel durísima e impenetrable. El lomo es llano, los ojos pequeños y el color pardillo. Tiene dos pies, que le salen como brazos de los hombros, de los cuales se sirve para nadar. La hembra tiene dos grandes tetas, con cuya leche cría sus hijos, los cuales pare vivos, como animal de tierra. Su carne, siendo fresca, tiene sabor de ternera, y salada tiene gusto de atún, aunque es mejor y se conserva más tiempo. Su manteca es muy buena y nunca se enrancia, y con ella se adoba su mismo cuero, para hacer de calzado y otras cosas. En la cabeza de este pescado dicen se cría una piedra muy provechosa contra las piedras de los riñones, y para los dolores de ijada. Lat. *Vitulus marinus.* HUERT. Plin., lib. 8, cap. 31: "Dicen algunos de los que navegan por el mar de España que se hallan estos animales en él, pero más ordinario es hallarlos en el mar Índico, donde también se cría el *manato.*"

PEXEMULLER. s. m. Pez así llamado por la semejanza que tiene del medio cuerpo arriba con las facciones o miembros humanos, especialmente de la mujer, a la que se parece mucho en los pechos, y a ellos cría sus hijos. Tiene brazos, aun-

que no manos, sino unas aletas que le comienzan desde el codo. El rostro es chato, redondo y disforme, y la boca semejante a la de la raya, llena de dientes como la de un perro, con cuatro colmillos de a tercia, como los de un jabalí; las ventanas de las narices más grandes, parecidas a las de un becerro. La piel del vientre es blanca y blanda, y por la espalda áspera y dura. Del vientre abajo tiene una cola muy larga, con aletas, como las del cazón. Cuando le matan gime como una persona, y tarda mucho en morir fuera del agua. Hállanse muchos a lo largo de la costa del sur. Lat. *Piscis mulier*. SANDOV. Hist. Ethiop., lib. 3, cap. 18: "Llámase *pexemuller* por la grande semejanza que tiene desde el vientre hasta el cuello con los hombres y mujeres."



ADIÓS

EN VUESTRAS manos ya estas encariñadas páginas de despedida. A nadie sorprenda tanto afecto. Se nos van los suaves manatíes, y al alejarse, uno de ellos vuelve torpemente su cabezota; busca quizá en nosotros alguna señal de adiós. ¿Habrá quien sea capaz de negársela? No, los manatíes ganaron nuestra ternura, y sus melancólicas, humildes virtudes la merecen. Allá van: el corpachón obeso, la piel de jabalí, ojuelos pequeñitos; hocico enorme,

caprichosamente movedizo como una marejada de belfos. ¡Bien que supieron los tales manatíes dulcificar su monstruosidad! La especie es vetusta, añeja ya cuando los tiempos tormentosos del mamut. ¿No será que por su bondad merecieron llegar hasta nuestros días?

Pero van tristemente perdiéndose. En el siglo XVI, los felices habitantes de la Nueva España podían a menudo servirse provocativos guisados de manatí: tanto abundaban entonces. Raros son ahora los que se ven en aguas mexicanas; unos pocos en la laguna de Alvarado, uno apenas en aguas de Coatzacoalcos, hallado por el joven naturalista Gonzalo Halffter en 1949; allí, precisamente, eran frecuentísimos en tiempos de Baltasar Dorantes. Y esos tumultos de manatíes, que llenaban las aguas del Orinoco y las páginas del padre Gumilla, a veces han menguado hasta la soledad. El nombre *manatí* se ha vuelto extraño y ha cedido a ese *vaca marina* de quienes gozan rebajándolos hasta la plebe. En los ríos ama-

zónicos sucede peor, porque, equivocándolos con lobos de mar, se les llama despreocupadamente *bufeos*. El infortunio ha caído, crispándose, sobre ellos.

¡Quién te ha visto y quién te ve! Delfines, sirenas y manatíes se dividían honores y preeminencias en tiempos antiguos. Más aún: se confundían y trocaban de papel como los cómicos de disfraz. Cautivadora imagen de *sirenos* tuerce las ideas de Colón, y luego, al hacer Pedro Mártir la presentación oficial de ellos como tales manatíes, trae a cuento la historia de Mato, comparando su afabilidad a la que usaron los viejos delfines con Arión y con Bayas. Gran elogio del manatí, pues los delfines gozaban entonces de envidiable fama. Ni siquiera tenían detractores, al menos hasta el siguiente siglo, cuando el terrible Cervantes parece perderles todo respeto haciendo burla cruel del amigo de Arión, a quien llama "mula de alquiler" por boca de Maniferro. Aunque cabe preguntarse si eso no sería un disparate muy natural

en el pícaro y no el sentir del propio Cervantes, lo cierto es que, de un modo u otro, tales palabras sonarían a sarcasmo crudelísimo, y no a broma inocente como ahora. (Los erasmistas acabaron por ser los volterianos de las creencias míticas y, por tanto, de la Antigüedad clásica que ellos mismos vitoreaban.) Cervantes, siempre la excepción. Volviendo a los que recogen la historia de Mato, es de considerar el interés con que Gómara menciona a los delfines, llevando su ironía al mejor instante poético. Quizás por tener en cuenta las reconocidas dotes musicales de estos ágiles peces, afirma Gómara que el manatí gustaba oír canciones, dando manifiestas señales de placer. Eran los años en que Luis de Narváez titulaba *Delfín de música* su libro de vihuela, y Enríquez de Valderrábano bautizaba el suyo como *Silva de sirenas*. En nuestros tiempos de prosaísmo científico sólo se nos habría ocurrido comparar a Mato con las monótonas focas amaestradas —también estrictamente mamíferos acuáticos— que no

interesan más que al abigarrado público de los grandes circos.

Hasta el mismo Oviedo, que no cree en el relato de Anglería, tiene la cortesana delicadeza de callar y no desmentirlo. Y como debida compensación, elogia sin regateos la mansedumbre de los manatíes.

Narváez aseguraba que el delfín "es un pescado muy aficionado y sentido en la música". Opinión general, que corrobora también el fanático de extrañezas Antonio de Torquemada. En efecto, si al tratar de la historia del manatí no la relaciona con la del pez de Arión, en esas mismas páginas habla de los delfines; y asegura, tajante, que de ellos se saben dos cosas: su gran amistad con la música, y, asimismo, con los muchachos. "Las historias amorosas de los delfines con algunos mancebos han sido contadas de infinidad de autores", afirma el señor de la Motte Levayer, francés, traducido a lengua toscana por el abate Scipione Alerano y vuelto —o revuelto— al español por el fraile dominico Alonso Manrique. Delfines,

manatíes y sirenas se asemejan también en sus reiteradas liviandades con los humanos.

Encarnaron la poesía de los mares, nacieron cuando las ondas soñaron humanidad. Pero toda su grandeza ha sido borrada porque los tiempos lo han resuelto así. Algo hay que en la poesía ha de morir también. El delfín, que cedió su hermoso apellido al heredero de Francia, como si fuera un atún, se llama entre el pueblo mexicano *tonina*, arcaísmo reacio; tampoco hay tronos ya para delfín ninguno. Las sirenas, ¡ah, sus verdes cabellos!, quedaron convertidas en focas o en dugongos. El manatí. . . Dignifiquemos, amigos, el nombre de los manatíes.

También los venidos a menos, también los pobrecitos manatíes son dignos de un batir estremecido de pañuelos, de un tierno deseo de volver a hallarlos, de un quejoso ¡adiós!, previamente nostálgico.

ÍNDICE

Preámbulo 9

Manatíes y sirenas 13

Cristóbal Colón 22

José Gumilla 23

Un manatí renacentista 27

Pedro Mártir de Anglería 42

Francisco López de Gómara 46

Antonio de Torquemada 48

El problema canónico del manatí 51

Gonzalo Fernández de Oviedo 62

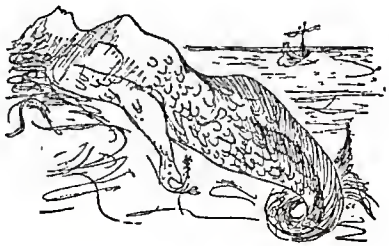
Fray Bartolomé de las Casas 67

Juan de Salinas Loyola 6
Fray Toribio Motolinía 6
Fray Diego de Landa 70
José de Acosta 72
Baltasar Dorantes de Carranza 73
Alexander von Humboldt 76

La pesca del manatí 79
Pedro Mártir de Anglería 87
Gonzalo Fernández de Oviedo 91
Antonio de Torquemada 96
Baltasar Dorantes de Carranza 98
José Gumilla 99
Alexander von Humboldt 106

Los manatíes en la Academia 108
Jerónimo de Huerta 118
Diccionario de Autoridades 120

Adiós 123



Este libro se acabó de imprimir el 15 de noviembre de 1950, en los talleres de la Gráfica Panamericana, Pánuco 63, México, D. F. En su composición se usaron tipos Bodoni de 18, 14, 12, 10 y 8 puntos. La edición consta de 20 ejemplares, numerados del 1 al 20 y firmados por el autor, en papel Corsican Marfil de 63 kgs., y 1,000 ejemplares en papel Chamois A. M. de 63 kgs. Estuvo al cuidado de Joaquín Díez-Canedo.

TEZONTLE

Juan José Arreola: *Varia invención*
Max Aub: *San Juan* (tragedia)
Morir por cerrar los ojos
El rapto de Europa
Campo cerrado
Campo de sangre
No son cuentos
Deseada
Sala de espera (vols. I y II)
Daniel Cosío Villegas: *Extremos de América*
León Felipe: *El gran responsable* (agotado)
Pedro Garfias: *Primavera en Eaton Hastings*
Francisco Giner de los Ríos: *La rama viva* (agotado)
Manuel González-Prada: *El tonel de Diógenes*
Eugenio Imaz: *Topía y Utopía*
Alfredo Pareja Díez-Canseco: *El muelle*
Octavio Paz: *Libertad bajo palabra*
Carlos Pellicer: *Recinto* (agotado)
Emilio Prados: *Mínima muerte*
Alfonso Reyes: *Sirtes*
Grata compañía
Los siete sobre Deva (agotado)
Arturo Rivas Sainz: *Fenomenología de lo poético*

Distribuídos por el FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Pánuco 63, México, D. F.